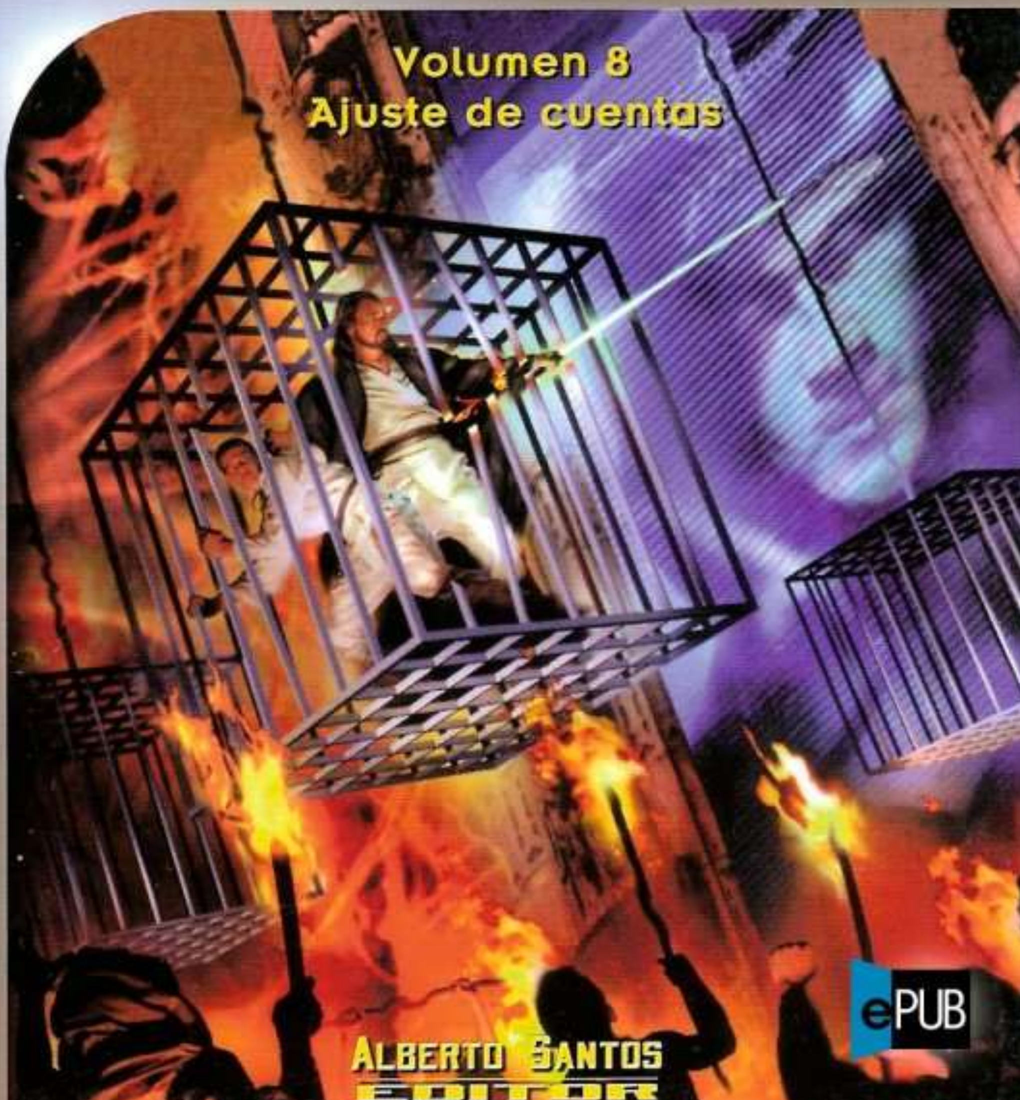
STAR WARS

APRENDIZ DE JEDI

Volumen 8
Ajuste de cuentas

JUDE WATSON





ePUB

ALBERTO SANTOS
EDITOR

La paz por encima de la ira

El honor por encima del odio

La Fuerza por encima del miedo

El malvado aprendiz de Qui-Gon Jinn, Xánatos, le ha tendido una trampa a su antiguo Maestro. Ha guiado a Qui-Gon y a un joven Obi-Wan Kenobi e su planeta natal, Telos… y los ha acusado de un crimen que ellos no cometieron.

La pena es la muerte.

De pronto Qui-Gon y Obi-Wan son fugitivos en un planeta donde todos son enemigos.

El día del ajuste de cuentas de Xánatos ha llegado.

STAR WARS

Aprendiz de Jedi 8

Ajuste de Cuentas

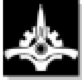
Jude Watson

Versión 1.1

12.07.13



Título original: *Jedi Apprentice: The Day of Reckoning*
Autora: Jude Watson
Traducción: Virginia de la Cruz Nevado
Publicación del original: junio 2000

44 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: Meriba
Edición: Bodo-Baas, basado en la edición de LittleAngel para Epub Gratis
Base LSW v2.0

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

La aerodinámica nave de pasajeros *Leviathan* iba totalmente abarrotada. Los camarotes estaban al completo. Los salones y zonas de asiento bullían de colores y ruidos mientras los habitantes de numerosos y diferentes planetas charlaban, comían, discutían, reían y jugaban a juegos de azar para pasar el rato.

Obi-Wan Kenobi lo contemplaba todo desde su asiento. Durante sus misiones como Jedi en varios planetas había tenido la ocasión de experimentar la opulencia, pero éste era su primer viaje en una nave de pasajeros de lujo y estaba ansioso por explorar las variadas posibilidades de ocio de a bordo. La sala de juegos, la estancia de hologramas interactivos y los restaurantes, con su amplia gama de comida y dulces. Y no había razón para no hacerlo. Su compañero y antiguo Maestro Jedi, Qui-Gon Jinn, le había dado plena libertad para recorrer la nave. Pero Obi-Wan no quería dejarlo solo.

A su lado, Qui-Gon no parecía prestar atención a su entorno. El Caballero Jedi había elegido un asiento apartado en la espaciosa sala y de cara a la multitud. Era una posición que el Jedi solía escoger porque le permitía observar sin problemas, pero Qui-Gon no dedicaba a los pasajeros ni la mínima atención para advertir algún signo de peligro, y volvía a concentrarse en el datapad que llevaba en el regazo. Se pasó mucho tiempo estudiando la información que la Maestra Jedi Tahl había recopilado en el Templo, en Coruscant, para la siguiente misión.

Una misión que no era oficial. En contra de los deseos del Consejo Jedi, Obi-Wan y él se dirigían al planeta de Xánatos, el enemigo que había intentado destruir el Templo.

Obi-Wan sabía que Qui-Gon seguía meditando la huida de Xánatos. La ira no era un sentimiento apropiado para un Jedi, pero Obi-Wan podía percibir la profunda decepción que sentía Qui-Gon. Había luchado contra Xánatos y había tenido que dejarle escapar para poder salvar el Templo.

Obi-Wan sabía que ese momento seguía obsesionando a Qui-Gon. Había estado muy cerca de detener a Xánatos, y eso reafirmaba su determinación de hacer justicia con él. Qui-Gon estaba seguro de que Xánatos representaba una gran amenaza para la galaxia mientras estuviera en libertad.

Obi-Wan sabía que Qui-Gon se había tomado la misión como algo personal. Xánatos había sido aprendiz de Qui-Gon en el pasado, igual que Obi-Wan.

Y *ambos le traicionamos*, pensó el muchacho.

Obi-Wan sabía que sus acciones no habían sido tan graves como la ofensa de Xánatos, que estaba obsesionado con el Lado Oscuro, codiciaba el poder y la riqueza, y cuyas decisiones le acercaban más al corazón del mal.

Obi-Wan había traicionado a Qui-Gon al abandonarle. Optó por abandonar la Orden Jedi para ayudar a restablecer la paz en un planeta, pero se había arrepentido de su decisión. El Consejo le había vuelto a admitir en la Orden en período de prueba. Obi-Wan podía recuperar lo que había perdido, pero parecía que no iba a poder recuperar la confianza de Qui-Gon. Algo vital entre ellos se había disuelto. Y ahora ambos se estaban

poniendo a prueba. En esta misión, Obi-Wan esperaba poder demostrar a Qui-Gon que el nexo de unión que habían comenzado a forjar podía restaurarse.

El Consejo no le había prohibido que acompañara a Qui-Gon y le había permitido ir, pero no les había complacido. Seguían sin aprobar su decisión impulsiva de abandonar a los Jedi, y el hecho de que acompañara a Qui-Gon no había cambiado su opinión.

A Obi-Wan le provocaba cierto alivio permanecer un tiempo lejos de la vigilancia del Consejo, así como del propio Templo. Durante su último enfrentamiento, un estudiante Jedi había muerto frente a él. Obi-Wan no había sido el causante, así que ¿por qué le perseguía esa muerte? Cuando se alejó del Templo, liberó de un gran peso a su corazón.

Qui-Gon había tenido en cuenta varias posibilidades para entrar en el planeta sin ser detectados, y finalmente decidió que la opción más sencilla era la mejor. Se harían pasar por turistas y llegarían rodeados de una multitud.

Las naves de pasajeros siempre llegaban repletas porque Telos era un planeta rico y de gran belleza natural. Además, contaba con una gran actividad turística y numerosos intereses comerciales en la galaxia.

La gran cantidad de viajeros ayudó a los Jedi a pasar desapercibidos. Ambos llevaban unos discretos hábitos marrones encima de las túnicas y mantenían los sables láser escondidos. A pesar de que Qui-Gon era un hombre de constitución fuerte y rasgos nobles, era capaz de anular su presencia y pasar desapercibido. Obi-Wan siguió su ejemplo. No parecían Jedi, y nadie les prestó la menor atención. Obi-Wan se recostó en la mullida tapicería y contempló a un grupo de duros que pasaba ante ellos, hablando en el lenguaje básico.

—Éste es mi tercer viaje —dijo uno de ellos—. Os va a encantar la katharsis.

—No dejarán a los forasteros entrar a la final —dijo otro—. Y es ahí donde realmente puedes marcar.

Obi-Wan se preguntó qué sería la katharsis. ¿Una especie de juego? No pudo escuchar la siguiente respuesta porque Qui-Gon levantó por fin la mirada del datapad.

—Creo que el punto débil es UniFy —dijo—. Empezaremos por ahí.

Obi-Wan asintió. La Maestra Jedi Tahl sospechaba que UniFy, una compañía telosiana, era una tapadera de Offworld, la gigantesca corporación minera que se extendía por toda la galaxia. Xánatos dirigía esa compañía y nadie sabía dónde se encontraba la sede central.

Qui-Gon frunció el ceño al mirar a Obi-Wan, que no tenía ni idea de lo que el Maestro podía estar pensando. ¿Estaría preocupado por la misión o acaso se arrepentía de haber traído consigo a Obi-Wan?

Ambos habían perdido su antigua conexión. Habían vivido épocas malas desde que había empezado su relación como Maestro y padawan, pero, en muchas ocasiones, Obi-Wan sabía lo que Qui-Gon iba a preguntarle antes de que lo hiciera. Y Qui-Gon solía saber con exactitud lo que sentía Obi-Wan sin que éste dijera una palabra.

Y ahora Obi-Wan sentía un vacío.

Se dijo a sí mismo que acabaría recuperando la conexión con Qui-Gon. Sólo era cuestión de tiempo. Cuando había salido del Templo, su amiga Bant se había despedido con una simple palabra: «paciencia».

Obi-Wan y Qui-Gon no habían tenido tiempo de solucionar las cosas, ni de discutir o reconsiderar sus decisiones. La rapidez con la que habían partido les había mantenido totalmente ocupados. Tenían que compilar información, empaquetar sus cosas y despedirse.

La nave de pasajeros se acercó a las torres de Thani, la capital de Telos, y aterrizó en una pista casi sin ninguna sacudida. El sistema de megafonía anunció el inicio del proceso de atraque.

Obi-Wan y Qui-Gon se levantaron, cogieron sus pertenencias y se unieron a la corriente de pasajeros que se dirigía a la salida.

Qui-Gon se agachó para hablar en voz baja a Obi-Wan.

—Sin duda será difícil encontrarlo —dijo—. Sabe que voy a por él. Tendremos que acorralarle.

El sistema de megafonía les informó en un tono cortés de que habría un breve retraso en el desembarco. La policía de seguridad de Telos iba a llevar a cabo la identificación de todos los viajeros antes de salir de la nave.

Los pasajeros comenzaron a quejarse. ¿Por qué eran de repente tan exigentes los procedimientos de seguridad? Eso llevaría tiempo, y ellos estaban ansiosos por llegar a sus destinos.

—Creo que están buscando a unos criminales fugados —dijo alguien junto a Obi-Wan—. Qué mala suerte tenemos.

Obi-Wan vislumbró a los guardias colocando a los pasajeros en filas ordenadas. Qui-Gon frunció el ceño.

—Yo quería entrar sin ser visto —dijo—. Si descubren que somos Jedi, podrían alertar a Xánatos. Tahl me dijo que había sobornado a muchos de estos oficiales.

Con un ligero movimiento de cabeza, Qui-Gon le hizo una señal a Obi-Wan. Era el momento de encontrar su propia salida.

Capítulo 2

—¿Adónde vamos? —preguntó Obi-Wan mientras se deslizaban entre la multitud.

—Cuando aterriza una nave de pasajeros grande, las cocinas reciben nuevas provisiones de alimentos —dijo Qui-Gon—. Cuando quieras salir de un sitio sin que te vean, escoge el lugar más frecuentado.

Obi-Wan siguió a Qui-Gon mientras bajaban varios pisos hacia la zona de servicio. Qui-Gon siempre exploraba las naves grandes en cuanto embarcaba. Sabía dónde estaban las zonas técnicas y de servicio, así como todas las salidas.

—Recuerda esto, Obi-Wan —le había dicho—. Si vas a llevar a cabo una misión arriesgada, el peligro puede comenzar antes de que estés preparado para ello. Mantente alerta.

El aroma de la carne asada y el pan caliente llegó hasta Obi-Wan mientras cruzaban las cocinas. Su estómago gruñó. ¿Por qué, aunque estaba en medio de una huida precipitada, se sentía hambriento? Cuando se internaron en los almacenes se alegró de que el olor se disipara.

Qui-Gon avanzó rápidamente entre las estanterías y los bidones llenos de comida hasta la puerta que conducía a la zona de carga. Antes de entrar, miró por la ventanilla para asegurarse de que no hubiera personal de seguridad. La puerta siseó al abrirse y ambos entraron en el hangar de carga.

Los trabajadores se afanaban en descargar las mercancías en pequeñas plataformas. Había un gran transporte fuera de la nave con la rampa de descenso abierta de par en par.

—Coge un contenedor —le dijo Qui-Gon mientras se agachaba para coger una caja en la que se leía «fruta seca».

Obi-Wan cogió otra en la que ponía «granos de soli» y resopló por el esfuerzo que le supuso llevársela al hombro. ¿Por qué no había cogido algo más ligero, como Qui-Gon?

El Maestro Jedi se dirigió rápidamente hacia el transporte de mercancías. Nadie parecía percatarse de que estaban sacando cosas de la nave en lugar de introducirlas. Una de las muchas lecciones que Qui-Gon le había enseñado a Obi-Wan era que, en un entorno desconocido, lo mejor era parecer ocupado para pasar desapercibido.

Llegaron al transporte sin ser vistos. Obi-Wan descargó aliviado su pesada carga junto a las otras cajas y bidones apilados. Desde ese lugar podían ver el bullicioso puerto estelar. Los pasajeros que ya habían pasado el control se arremolinaban en busca de algún medio de transporte local. Qui-Gon y Obi-Wan fueron hacia ellos.

—¡Vosotros! ¡Alto! —ordenó bruscamente alguien a sus espaldas.

—No te des la vuelta —dijo Qui-Gon a Obi-Wan en voz baja—. Actúa como si no supieras con quién hablan.

—¡Deteneos!

Ambos oyeron a alguien corriendo hacia ellos.

Obi-Wan captó una momentánea duda en Qui-Gon. No habían hecho nada malo y no había razón para correr, pero tendrían que explicar cosas que Qui-Gon no quería explicar.

El Maestro Jedi tomó la decisión con la celeridad de costumbre.

—Corre —dijo con determinación.

Obi-Wan, que estaba esperando esa orden, echó a correr con Qui-Gon. Los dos Jedi se movieron ligeros como la brisa entre la multitud sin dar un codazo y sin rozar un hombro. Sólo una pequeña corriente a su paso agitaba levemente una túnica o un cabello.

Llegaron a la entrada de la terminal y se unieron a los paseantes de las calles de la ciudad. Qui-Gon aminoró el paso de inmediato para mezclarse con la gente. Obi-Wan le seguía de cerca, esforzándose por controlar su respiración. Admiraba la capacidad de Qui-Gon para pasar de una carrera desenfrenada a un paseo tranquilo sin perder el ritmo. A los ojos de cualquiera, Qui-Gon era un paseante más en la ciudad.

Las calles estaban todavía más atestadas de gente que la terminal.

—Sin duda se rendirán —dijo Qui-Gon a Obi-Wan, sonriendo y asintiendo como si estuviera hablando del tiempo—. Es muy aburrido seguir a un par de viajeros extraviados por las calles de la ciudad.

Con el corazón y los nervios volviendo a su estado normal, Obi-Wan pudo al fin contemplar lo que le rodeaba. La ciudad de Thani hervía. Los deslizadores abarrotaban el amplio bulevar. Edificios de cientos de metros de alto se elevaban a ambos lados con sus fachadas brillando con destellos de plata y bronce ante la radiante luz del sol. Apiñadas entre los elevados e impresionantes rascacielos había construcciones de menor tamaño. Señales parlantes y parpadeantes anunciaban préstamos a bajo interés y adelanto de créditos a todo riesgo. Filas desordenadas de gente apelotonada entraban en esos edificios. Obi-Wan pasó por un enorme panel en el que podía leerse: «Riquezas inimaginables con sólo una apuesta: Katharsis».

—Katharsis —repitió él—. Oí esa palabra en la nave de pasajeros.

—No sé lo que es —musitó Qui-Gon—. Thani ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí. Claro que fue hace casi diez años. Parece más grande y más ruidosa. Y hay otra diferencia…

Obi-Wan percibió un movimiento tras él y miró el reluciente escaparate del edificio de enfrente. Dos guardias de seguridad uniformados avanzaban rápidamente por la abarrotada avenida sin apenas llamar la atención. A Obi-Wan no le cabía duda de que se dirigían hacia ellos.

—Qui-Gon… —comenzó a decir, pero Qui-Gon ya los había visto.

—Le están dando más importancia de lo que yo creía —dijo, recuperando el ritmo—. Ve a la izquierda.

Obi-Wan se deslizó a la izquierda y se metió en un estrecho callejón. Lo cruzaron a toda velocidad, empleando la Fuerza para saltar por encima de una pila de cajas abandonadas y doblando a la derecha para introducirse en otro callejón.

El fuego de una pistola láser sonó a sus espaldas. Oyeron el choque de las cajas contra los muros.

—Van en serio —dijo—. Vamos hacia arriba.

Aún no podían verlos, pero los guardias doblarían la esquina en cualquier momento. Qui-Gon extrajo el lanzacables de su cinturón. Activó el dispositivo y el doble cordel se elevó disparado y se enganchó en una cornisa. Obi-Wan también activó el suyo. Se agarraron y dejaron que el dispositivo les elevara hasta el tejado, al que saltaron sin problemas. Ambos recuperaron rápidamente los cordeles.

Qui-Gon vio a los guardias corriendo por el callejón. Pasaron de largo, doblaron la esquina y desaparecieron.

—Menos mal —dijo Obi-Wan.

Pero Qui-Gon no se movió. Unos segundos después, los guardias volvieron. Uno de ellos sacó unos prismáticos y comenzó a inspeccionar meticulosamente los tejados.

—Creo que no se van a rendir —murmuró Qui-Gon en voz baja.

Los dos Jedi retrocedieron agachados hasta que estuvieron fuera del campo de visión. Después saltaron al suelo desde el otro lado del tejado. Corrieron el tramo que quedaba de callejón y volvieron a mezclarse con la multitud de la transitada calle.

—Así no les perderemos nunca —dijo Qui-Gon. Obi-Wan estiró el cuello para mirar por encima de la gente.

—Todo el mundo se dirige hacia ese pabellón —dijo a Qui-Gon—. Quizá podamos perderles en el interior.

Se mezclaron con el gentío y llegaron a la entrada lo antes posible. Un letrero gigante parpadeaba con letras luminosas a cien metros de altura: «KATHARSIS».

—Creo que estamos a punto de averiguar qué es eso —dijo Obi-Wan con curiosidad.

Había varias entradas y Qui-Gon se unió a la riada de público en la parte más abarrotada. La corriente de gente entraba por una puerta lo suficientemente grande como para que un caza pasara por ella.

«¿Necesita créditos? ¡Pare aquí!». Las señales parpadeaban alrededor de unas cabinas cercanas a la entrada. Más adelante, Obi-Wan vio varios puestos de comida. Un aroma tentador flotaba hacia ellos. Su estómago volvió a quejarse y él estuvo a punto de soltar un gruñido. Con Qui-Gon nunca sabía cuándo sería la hora de comer. Su antiguo Maestro Jedi parecía subsistir mediante una dieta de aire fresco y determinación.

—Debe de tratarse de la celebración de algún tipo de juego —dijo Qui-Gon—. Curioso.

—Y es popular —añadió Obi-Wan, empujado por el gentío que entraba.

Entraron en el pabellón y se encontraron por encima del área central, donde se veía un gigantesco anillo con otro anillo concéntrico de menor tamaño en el interior. Enormes pantallas estaban distribuidas por todo el pabellón, situadas en diferentes lugares y a distintas alturas para que pudieran verse desde cualquier punto del amplio recinto. Todas mostraban escenas de paisajes naturales, y varios altavoces ocultos emitían una música atronadora.

Las alas centrales estaban rodeadas de cabinas flotantes. También había asientos fijos rodeando la zona. Las filas más altas se perdían en la inmensidad del pabellón.

Subieron en busca de dos asientos vacíos cerca de la salida. La penetrante mirada de Qui-Gon escudriñó la multitud buscando los guardias que les seguían.

Por fin encontró asientos a poca distancia del final. Se sentaron y Obi-Wan centró su atención en las pantallas gigantes, que comenzaron a mostrar una serie de nombres y números que no pudo descifrar. El posabrazos de su asiento también tenía una pantalla con un teclado.

Mientras Qui-Gon examinaba a la multitud, Obi-Wan se acercó a un telosiano de gran estatura que estaba sentado junto a él.

—Es la primera vez que vengo —dijo—. ¿Puede explicarme qué ocurre?

—Las pantallas muestran el estado de las apuestas para los juegos —respondió su compañero, señalándolas—. Puedes apostar desde tu sitio en cada prueba. Hay veinte rivales en las distintas competiciones.

—La semana pasada mutilaron a Rolo —dijo afligido su compañero—. Aposté veinte mil créditos por él.

Las vestiduras del telosiano estaban raídas. No parecía un ciudadano rico. Obi-Wan estaba asombrado. ¿Cómo podía permitirse apostar tanto?

—Hoy he apostado mi dinero a Tamor —continuó el segundo telosiano.

—Puedes ir haciendo apuestas mayores a medida que avanza el día —explicó el primer telosiano—. Y en la última competición todos nos retiramos y los apostantes entran en juego.

—¿Los apostantes? —preguntó Obi-Wan.

El telosiano asintió.

—Todos los ciudadanos entran en un sorteo una vez a la semana. Se escogen tres. Ellos son los únicos que pueden apostar en la última competición. El bote acumulado es enorme.

—Ganar te resuelve la vida —dijo el compañero con los ojos brillantes—. La semana pasada no ganó nadie, así que el bote es mayor que nunca.

—El sorteo es gratuito —explicó el primer telosiano—. Todos los telosianos nativos entran en él automáticamente a través del Gobierno. Es muy beneficioso para Telos.

¿Seguro?, se preguntó Obi-Wan contemplando la multitud. Ahora entendía la feroz energía que había sentido al abrirse paso entre el gentío. Una energía de unión. Era la codicia.

—Es como si toda la ciudad estuviera reunida en este lugar —comentó Obi-Wan.

Los dos telosianos asintieron.

—La ciudad se queda vacía en Día de Katharsis. Y hay público que viene desde otros puntos del planeta.

—Hay otros pabellones de katharsis en otras partes de Telos, naturalmente —dijo el segundo telosiano—, pero éste es el más grande —añadió con orgullo.

—¡Está empezando! Tengo que hacer mi apuesta —el primer telosiano se giró para contemplar el centro del pabellón. Sus ávidos ojos buscaban a los competidores.

La multitud comenzó a rugir cuando los participantes ocuparon sus puestos en el anillo inferior, se alinearon y saludaron al público.

Obi-Wan percibió que Qui-Gon daba un respingo. Los ojos del Caballero Jedi vigilaban unos niveles más bajos.

Obi-Wan siguió su mirada. Los mismos oficiales de seguridad iban de un lado a otro entre las filas de asientos, buscando por todas partes.

—Un punto a favor de la seguridad telosiana —comentó Qui-Gon mientras se levantaba—. Son realmente minuciosos.

Obi-Wan siguió a Qui-Gon y pasó por delante de los espectadores de su fila de asientos. Cuando llegaron al rellano aceleraron el paso y ascendieron con rapidez a la siguiente sección, y después a la otra. Los guardias de seguridad seguían subiendo tras ellos, escudriñando a la multitud.

—Tendremos que dar un rodeo hasta uno de los niveles de salida —dijo Qui-Gon a Obi-Wan por encima del estruendo de los aplausos.

Obi-Wan observó la zona en busca de las señales luminosas azules que indicaban las salidas. Vio una más adelante y se la señaló a Qui-Gon. Se dirigieron hacia allí, pero cuando llegaron comprobaron que había sido bloqueada. Si la abrían sonaría la alarma.

Qui-Gon dio la vuelta por donde habían llegado, pero la policía estaba inspeccionando las filas más cercanas a ellos. En cualquier momento verían a los Jedi.

—No sé si nos persiguen a nosotros o a esos criminales fugados —dijo Qui-Gon frunciendo el ceño—. Creo que vamos a tener que averiguarlo. Emplearé la Fuerza para pasar desapercibidos.

En ese momento, uno de los guardias miró por encima de las cabezas y les vio. Dio un codazo a su compañero y ambos echaron a correr hacia los Jedi, moviéndose de forma rápida y controlada para no atraer la atención.

De repente, una voz amistosa se escuchó a sus espaldas.

—Vosotros dos, ¿buscáis sitio? Yo tengo de sobra en mi cabina.

Obi-Wan y Qui-Gon se volvieron para mirar. Había un joven sentado en el interior de una de las cabinas flotantes de lujo, que seguía anclada por un lado. Sus ojos oscuros miraban relucientes, y tenía pelo rubio despeinado, como si se pasara la mano por él constantemente.

—¿Me haríais el honor? —preguntó.

—Gracias, será un placer —respondió Qui-Gon subiéndose a la cabina.

Sin apresurarse, ayudó a Obi-Wan a hacer lo mismo.

Obi-Wan se introdujo en el reducido espacio con la misma rapidez. Su nuevo compañero pulsó una palanca y la cabina despegó del suelo y se elevó hasta el centro del pabellón.

—Gracias de nuevo —dijo Qui-Gon amablemente—. Nos estaba resultando difícil encontrar un asiento.

—Claro —su rescatador les dedicó una mirada perspicaz—. Sobre todo si te persigue la policía de seguridad. Si pensáis que conmigo estáis a salvo, estáis locos.

Capítulo 3

El joven se echó a reír antes de que pudieran responder.

—¡Es broma! —gritó—. En mi opinión, la policía de seguridad se aburre bastante. Aquí en Telos casi no hay delincuencia, así que van a por ti sólo con que se te ocurra tirar al suelo una pepita de muja. Incluso detienen constantemente a las personas inocentes como yo. En serio, ¿os parezco mala persona? —se encogió de hombros y se señaló a sí mismo, sonriendo.

—No —dijo Obi-Wan amablemente, aunque su limitada experiencia le había enseñado que el mal tenía muchas formas.

Su compañero rió de nuevo y se volvió hacia Qui-Gon.

—Tu amigo miente bien. Una buena cualidad.

—No ha mentido —respondió Qui-Gon—. No pareces mala persona, eso es cierto, pero tampoco pareces lo contrario. Nos conocemos desde hace demasiado poco tiempo para juzgar eso.

Su rescatador dirigió la mirada a Qui-Gon y luego a Obi-Wan, sonriendo encantado.

—Me ha tocado el gordo. Menuda pareja de tíos listos. ¿Sabéis cómo apostar contra las probabilidades?

—No —dijo Qui-Gon sonriendo—. Somos demasiado listos para eso.

Esta vez, su rescatador se desternilló de risa.

—¡Qué bueno! Yo sí que sé escoger a mis amigos. Por cierto, me llamo Denetrus, pero podéis llamarme Den.

—Encantados de conocerte —respondió Qui-Gon—. Yo soy Qui-Gon Jinn y éste es Obi-Wan Kenobi.

—¿Turistas?

—Viaje de negocios —respondió Qui-Gon.

—Aquí en Telos hay muchas empresas —dijo Den—. Yo soy técnico, me acaban de despedir de la mejor de todas —les dedicó una sonrisa alegre.

—¿Has trabajado para UniFy? —preguntó Qui-Gon.

—Claro, ¿quién no? Es la mayor fuente de empleo de Telos. Contratan a trabajadores externos constantemente. ¿Por eso habéis venido?

—No —dijo Qui-Gon lentamente—, pero tenemos una reunión allí.

Den asintió.

—Es una compañía poderosa —hizo un gesto con el brazo para abarcar las pantallas gigantes que emitían imágenes de los parques globales y los bellos paisajes de Telos—. UniFy está recuperando nuestros parques naturales. La mayor parte de las ganancias de la katharsis se emplean para el mantenimiento y conservación de la tierra. El Gobierno lo dispuso así cuando el pueblo protestó por lo elevado de los impuestos. Ahora casi no pagamos nada. La katharsis nos lo ha ahorrado. Por no mencionar que nos hace a todos ricos más allá de nuestros sueños.

—Pero sólo si ganas —señaló Qui-Gon.

—Ya, pero todos los que estamos aquí planeamos ganar —dijo Den subiendo una ceja a modo irónico—. Como yo. Estoy convencido de que hoy es mi día de suerte.

Se volvieron hacia el anillo central más pequeño del pabellón, en el que una plataforma se elevaba desde el suelo hacia el techo, formando una tarima. Un hombre alto y de pelo cano estaba en ella, elevando los brazos hacia la multitud.

—Es el tesorero de Telos, Vox Chun —les dijo Den por encima del griterío.

Un escalofrío recorrió a Obi-Wan, que intercambió una mirada con Qui-Gon. Vox Chun era el padre del estudiante que había muerto luchando contra Obi-Wan. Bruck Chun era el estudiante Jedi que había caído bajo la influencia de Xánatos. Obi-Wan peleó con él para salvar a su amiga Bant. Bruck perdió el equilibrio y cayó. Obi-Wan intentó atraparle al vuelo, pero no pudo hacerlo. Bruck se partió el cuello en la caída. Obi-Wan cerró los ojos, recordando aquel terrible momento. Al abrirlos, vio que Qui-Gon le miraba con expresión compasiva.

—Los juegos no pueden comenzar sin que algún engreído salga y se ponga pesado contando sus logros —continuó Den—. Es un buen momento para echarse un sueñecito.

Obi-Wan volvió rápidamente a centrar su atención en el presente. No quería olvidar el pasado, pero no podía distraerse.

—¡Bienvenidos, telosianos y amigos de la galaxia! —gritó Vox Chun. Recibió un rugido por respuesta. Esperó un momento, sonriendo, y luego alzó la mano—. ¡Gracias a todos vosotros, las bellezas naturales de nuestro amado Telos están siendo conservadas!

Se escuchó otro rugido, esta vez aún más ensordecedor. La música surgió de los altavoces y un mensaje se proyectó sobre la impresionante imagen de unas erupciones de vapor en una orilla de aguas azules: «Katharsis protege nuestros espacios sagrados».

—¡Si no hay ganador hoy, el próximo gran premio del sorteo de la katharsis será el mayor de la historia de Telos! —continuó Chun. Esperó a que terminaran los vítores y alzó una mano—. En honor a este evento, el primer ciudadano de Telos presentará el premio. Nuestro buen amigo, nuestro amadísimo benefactor, el hombre de más confianza de Telos… ¡Xánatos!

Qui-Gon dio un respingo mientras el pabellón hervía en gritos de aclamación. Den lo contemplaba todo con los labios curvados en la sonrisa irónica que parecía mostrar en todo momento. Los focos que iluminaban distintas partes del pabellón se detuvieron frente a una cabina flotante. Un hombre de elevada estatura se puso en pie y saludó.

Era Xánatos.

Qui-Gon contemplaba con incredulidad a la multitud pateando el suelo y gritando «¡Xánatos, Xánatos!» una y otra vez.

Qui-Gon pensaba que estaba preparado para cualquier giro inesperado o cualquier situación adversa, pero no para esto. Xánatos no estaba escondiéndose. No lo necesitaba. Era obvio que el pueblo de Telos le amaba.

Pero ¿por qué?, se preguntó Qui-Gon. Xánatos era un traidor. Hacía menos de diez años se había confabulado con su padre para robar las riquezas del planeta. Había conspirado para involucrar a Telos en una guerra civil innecesaria y destructiva contra un

planeta vecino. La gente debía de estar muy engañada o manipulada para ignorar que Xánatos había estado a punto de arrastrarles a la guerra.

Qui-Gon sintió que Obi-Wan se estremecía a su lado. El chico estaba tan atónito como él. Le pareció admirable la capacidad de Obi-Wan para controlar la voz y cómo apenas mostró una expresión curiosa cuando se volvió hacia Den y preguntó:

—¿Y quién es ese Xánatos?

—Nuestro amadísimo benefactor —dijo Den a modo de burla, y se encogió de hombros—. Ha hecho mucho por Telos.

—Creo que he oído hablar de su padre, Crion —comentó Qui-Gon como por casualidad—. ¿No fue el gobernador de Telos?

Den asintió.

—Se vio involucrado en un escándalo. Sus enemigos afirmaron que intentaba iniciar una guerra contra un planeta vecino para enriquecerse, pero Xánatos investigó y demostró que no era cierto. La mayoría de los telosianos les consideran héroes.

Den se volvió hacia el anillo central cuando Vox Chun se introdujo en una cabina flotante y dio comienzo la primera competición. Los participantes se pusieron en círculo en el interior del pabellón. Todos pilotaban barredores.

—El primer juego se llama Obstáculo —explicó Den—. Se lanzan hologramas de obstáculos cada vez más difíciles hacia los barredores. El objetivo es esquivarlos a ellos y a los otros concursantes. Se requieren excelentes habilidades de vuelo. ¿Queréis apostar?

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Creo que hoy sólo miraremos, Den.

—Lo que yo decía —dijo Den en un susurro, mientras hacía su apuesta—. Mira que sois listos.

***

A Qui-Gon le sorprendió la ferocidad de las competiciones. La multitud parecía más satisfecha cuanto mayor era el peligro para los participantes. Dos barredores colisionaron y una oscura energía se arremolinó dentro del gigantesco pabellón. Cuando sacaron a uno de los participantes en camilla, el gentío gritó encantado. Era muy inquietante.

Telos había sido un planeta tranquilo, conocido por su innovadora industria tecnológica y sus intereses artísticos y culturales. Qui-Gon no entendía lo que había pasado. ¿Les había cambiado la katharsis?, ¿o los años de prosperidad les habían embotado los sentidos y les había aficionado a placeres más sangrientos y excitantes?

Den no parecía afectado por la conmoción que le rodeaba. Llevaba un pequeño datapad e introducía números, comprobando el estado de las apuestas constantemente. Qui-Gon se dio cuenta de que era un auténtico jugador, aunque hacía apuestas menores.

Y por fin llegó el intermedio. La tercera ronda de juegos consistía en un duelo de vibrocuchillas con los participantes colgados de varios cables en tensión. Las vibrocuchillas no cortaban, pero soltaban una pequeña descarga eléctrica. El duelo había

sido una escaramuza y tres competidores más habían caído. Uno quedó gravemente herido. El grupo restante parecía extenuado y arrasado, pero tras el descanso tendrían que pasar por otra agotadora serie de pruebas.

—¿Tenéis hambre? Podemos ir a por algo de comer —dijo Den, activando la cabina para volver a la plataforma del estadio.

—Gracias, pero creo que es hora de irnos —dijo Qui-Gon amablemente—. Debemos atender nuestros asuntos. ¿Podrías indicamos cómo llegar a UniFy?

—No tiene pérdida… bajad por el bulevar principal. Lo encontraréis a la izquierda. Buena suerte —les dijo Den.

Se despidieron y se unieron a la corriente de seres que se dirigían a los puestos de comida en el nivel intermedio del pabellón. No había rastro de los guardias. Qui-Gon esperaba que se hubieran rendido de una vez. El gentío se dirigió hacia la tentadora comida, y Qui-Gon y Obi-Wan fueron hacia la salida indicada con luces azules.

Mientras pasaban por los enormes puntales que soportaban el pabellón, Qui-Gon sintió una emanación repentina del Lado Oscuro de la Fuerza. Se detuvo alarmado y se escondió entre las sombras de un grueso puntal de duracero. Obi-Wan sintió también la emanación y se movió con él.

Qui-Gon miró a su alrededor. Sabía lo que estaba buscando.

Una silueta negra salió por la oscura puerta de un pasillo. Xánatos caminó por la zona vacía, con el forro azul oscuro de su capa flotando tras él y el pelo negro cayéndole hasta los hombros. De repente, se detuvo.

Como antiguo Jedi, Xánatos también era sensible a la Fuerza. Se había detenido de forma tan abrupta que Qui-Gon estuvo seguro de que había percibido la presencia de los dos Jedi. Pero ¿habría identificado a Qui-Gon?

Xánatos se paró, apenas iluminado por las farolas. La cicatriz en forma de media luna de su mejilla se distinguía claramente, más blanca que su piel pálida y casi transparente. Miró hacia la gente que unos metros más lejos se dirigía hacia los puestos de comida. Su mirada recorrió lentamente cada una de las formas. Luego se detuvo y se dio la vuelta. Sus ojos recorrieron el espacio vacío, los curvados puntales y los pasillos que iban en todas direcciones.

Qui-Gon no se movió. Ni siquiera respiró. Obi-Wan, junto a él, intentaba hacer lo mismo. Ni siquiera parpadearía para no perturbar a las sombras.

Xánatos no les vio, pero una sonrisa se esbozó lentamente en su rostro.

Qui-Gon sabía lo que significaba esa sonrisa. Xánatos sabía que él estaba allí.

La batalla había comenzado.

Capítulo 4

Xánatos se rió y volvió al interior del pabellón.

—Sabe que estamos aquí —dijo Obi-Wan en voz baja.

—Sí —asintió Qui-Gon—. Vamos a UniFy. Tenemos que movernos lo más rápido posible.

Salieron del pabellón y bajaron por el bulevar principal. Las calles estaban extrañamente desiertas. Qui-Gon imaginó que la mayoría de la población estaría en el pabellón de katharsis. ¿Serían los Días de Katharsis fiesta oficial?

Obi-Wan y él pasaron por delante de un impresionante edificio de gran tamaño con columnas azules en la entrada. Sobre una placa plateada podía leerse: «Instituto de salud Xánatos».

—Es toda una celebridad —murmuró Qui-Gon.

—Mira la biblioteca de ahí enfrente —dijo Obi-Wan señalando—. También la fundó él.

—Evidentemente, el problema no va a ser encontrarle —dijo Qui-Gon—. Lo difícil será desenmascararle. La gente le adora. Él se ha asegurado de que así sea. Dando la cara se ha protegido más que ocultándose.

Obi-Wan contempló un anuncio que decía que Xánatos estaba proporcionando los fondos para recuperar un gran parque de la ciudad.

—Debe tener una razón oculta para todo esto —afirmó.

—Siempre tiene una —asintió Qui-Gon—. Es obvio que quiere ejercer su influencia sobre Telos, pero es un objetivo que le queda grande. Tendremos que descubrir exactamente lo que intenta.

—¡Eh, genios!

Se volvieron para mirar y vieron a Den dirigiéndose hacia ellos.

—Pensé que necesitaríais ayuda para encontrar UniFy —dijo—. Me he dado cuenta de que el edificio no está señalizado.

—¿Y qué pasa con el sorteo? —preguntó Obi-Wan—. ¿Acaso no era tu día de suerte?

—Todos son mis días de suerte, chaval —dijo Den alcanzándoles—, pero no siempre tengo la oportunidad de realizar una buena acción.

—Estábamos hablando sobre la cantidad de edificios que Xánatos ha construido en Thani —dijo Qui-Gon—. Ha sido un auténtico benefactor.

Den hizo un gesto con el brazo.

—En los últimos años ha promovido la creación de parques, bibliotecas, centros médicos, el gran instituto de salud… Ganó una fortuna dedicándose a la minería por toda la galaxia, pero no se la guarda, la reparte. Y eso es mucho más de lo que hará cualquier ganador del sorteo, desde luego.

Pasaron por delante de una de las casetas azules de información. Qui-Gon miró el panel informativo principal y, asombrado, reconoció su propia cara.

—¿Es éste el parque principal de Thani? —preguntó a Den señalando con el brazo hacia el otro lado de la calle, donde un camino se introducía entre árboles diseminados.

Den giró la cabeza, como Qui-Gon quería que hiciera.

—No, es uno de los más pequeños. El mayor está en la parte este de la ciudad.

La distracción le proporcionó a Qui-Gon el tiempo suficiente para examinar la noticia. Cuando su foto se desvaneció en la pantalla, apareció la de Obi-Wan. Qui-Gon leyó las parpadeantes palabras: «Se buscan. Criminales galácticos. Recompensa».

¡Ésa era la razón por la que los guardias no se daban por vencidos!

Sólo había una explicación posible: Xánatos. Él lo había tramado. Qui-Gon comprendió el motivo de aquella sonrisa. Xánatos sabía que era cuestión de tiempo que les capturasen.

Mientras caminaba y charlaba con Den, Qui-Gon consideraba minuciosamente sus opciones. La calle no era un lugar seguro. Era una suerte que casi todo el mundo estuviera en el Pabellón de Katharsis. De lo contrario habrían corrido el riesgo de que les reconocieran. Necesitaban encontrar un lugar seguro y la forma de disfrazarse.

Qui-Gon se puso la capucha. De alguna forma, ocultaría su rostro.

—Está refrescando —dijo.

—Ya casi hemos llegado —respondió Den.

Les llevó unas cuantas manzanas más adelante. Había una elevada torre gris rodeada por un gran portal de bronce reluciente.

—Bueno, ya hemos llegado. ¿Tenéis cita? —preguntó Den—. No os dejarán entrar sin etiqueta identificativa. Hay máxima seguridad.

Qui-Gon contempló la resplandeciente fachada del edificio. No había ventanas y, aparentemente, sólo tenía un acceso. Si entraban, tendrían que salir por el mismo sitio.

—La cita es mañana —dijo—. Sólo queríamos saber dónde estaba.

—¿Tenéis donde dormir? —preguntó Den—. Yo vivo en una casa de huéspedes. Está cerca.

Qui-Gon dudó. No le pasaba desapercibido el hecho de que Den aparecía siempre que necesitaban ayuda, y aunque no percibía peligro, seguía desconfiando.

Sin embargo, un malestar que no tenía nada que ver con Den se había instalado en su interior. Obi-Wan era ahora un criminal buscado. Apenas llevaban una hora en Telos y la situación ya se les había ido de las manos. En Coruscant, Qui-Gon estaba convencido de que si algo no iba bien podría ordenar a Obi-Wan que regresara al Templo, pero ahora el chico estaba atrapado en el planeta y no pasaría los controles de seguridad para marcharse.

Había puesto al muchacho en peligro, y lo había hecho conscientemente. Se sintió muy culpable. Ahora tenía que proteger a Obi-Wan. No podía dejar que su obsesión por ajusticiar a Xánatos interfiriera con la seguridad del chico.

—Bueno, de todas formas podéis venir a echar un vistazo —les apremió Den amablemente—. Está a un par de manzanas de aquí.

Qui-Gon asintió. Sabía que Obi-Wan estaba cansado, y de repente se dio cuenta de que el joven no había comido nada desde el desayuno. Obi-Wan necesitaba descansar y comer. Al menos eso sí podía ofrecérselo.

Se fiaría de sus instintos. Den podía ser un jugador, pero no parecía mala persona.

Den salió de la avenida principal y les llevó por una callecita que torcía tras los enormes edificios. Las construcciones eran más modestas en aquella zona residencial. Den les condujo hasta un destartalado edificio pintado en tonos verdes, azules y rojos.

—La casera me paga por pintarlo, pero no acaba de decidirse con el color —les explicó con una mueca.

Abrió la puerta y les llevó hasta una antesala.

—¿Riva? —gritó hacia la parte trasera de la casa—. Tengo invitados. De los que pagan —se acercó a ellos. Eso hará que venga corriendo.

Al momento, Qui-Gon escuchó el suave sonido de unos pies corriendo.

Den sonrió.

—¿Lo veis?

—El sonido viene de afuera. —Qui-Gon se acercó a la ventana y movió levemente la cortina para mirar.

Los guardias de seguridad llenaban la calle. Un oficial hizo señas para que los demás rodearan el edificio.

Qui-Gon posó la mano en la empuñadura de su sable láser. Sus instintos no habían funcionado. Den les había traicionado y les había tendido una trampa.

Capítulo 5

En cuanto Obi-Wan vio a Qui-Gon cogiendo el sable láser, activó el suyo. Las dos armas brillaron con palidez azul y verde en la penumbra de la habitación.

Den tropezó al retroceder.

—¡Jedi! ¡Toma ya! Ya decía yo que erais raritos, pero no Jedi.

—Nos has traicionado por la recompensa —dijo Qui-Gon.

—¿Quién, yo? —preguntó Den poniéndose una mano sobre el corazón—. ¿Estás bromeando, verdad? Que me maten, porque estoy herido de muerte. No traicionaría a otro delincuente. Claro que vi el anuncio, pero yo no os entregaría.

—¿A otro delincuente? —preguntó Obi-Wan. Den escudriñó tras la cortina.

—Esos guardias podrían estar aquí por mí. De hecho, pensé que venían a por mí en el pabellón de katharsis. No soy un delincuente exactamente. Soy más bien un… facilitador.

—¿Y por qué tendríamos que creerte? —le preguntó Obi-Wan.

—Pues, veamos, ¿porque vosotros también sois delincuentes? —Den se separó de la ventana—. Guardad las espadas ésas. Hay una salida.

Obi-Wan y Qui-Gon se miraron. El Maestro Jedi se encogió de hombros. ¿Qué otra cosa podían hacer? Era mejor confiar un poco más en Den que enfrentarse a veinte oficiales de seguridad.

Den les llevó por el pasillo hasta la cocina, se acercó hasta una puertecita en la pared y la abrió.

—Después de usted —dijo a Obi-Wan.

Un olor repugnante sacudió al joven.

—¿La rampa de la basura?

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Den—. Bueno, si insistes, iré primero.

Se introdujo en el reducido espacio y se dejó caer. Oyeron un ruido sordo y un gritito. Luego les llegó la hueca voz de Den.

—No pretendo decirles a dos Jedi lo que tienen que hacer, pero sería mejor que os dierais prisa.

Obi-Wan se metió por la abertura y se deslizó. Pasó entre restos de verdura y comida podrida. Su mano rozó algo viscoso y luego cayó en un gran contenedor lleno de basura. Un momento después, Qui-Gon aterrizó a su lado.

—Ha sido maravilloso —dijo Qui-Gon, quitándose un resto de algo de la túnica—. Gracias.

—Ha sido un placer. Por aquí —les apremió Den.

Salieron del contenedor y siguieron a Den por un pasillo en el que se alineaban estanterías repletas de latas de comida.

—Hace cincuenta años, Telos sufrió una ola de hambre —explicó Den—. Mi casera tenía diez años por entonces, pero no pudo olvidarlo. Está más loca que yo.

El pasillo acabó por fin en una puerta inclinada.

—Esto nos llevará a los jardines —explicó Den en voz baja—. No parecen pertenecer a la casa, así que apuesto diez contra uno a que no lo habrán tomado.

—¿Diez contra uno? —preguntó Qui-Gon.

—¡Son muchas posibilidades! —le garantizó Den—. Oye, si seguís sin confiar en mí, matadme ya. Venga. Sacadme de mi miseria. Si me equivoco, partidme en dos con ese tubito brillante que lleváis. ¿No? De acuerdo, vamos entonces.

Qui-Gon miró asombrado a Obi-Wan, que le respondió frunciendo el ceño. No entendía por qué Qui-Gon siempre confiaba en los canallas que se encontraban, y, sin embargo, en lo referente a él, siempre era estricto y severo.

Den abrió sin mucha dificultad la puerta inclinada. Subieron un tramo corto de escalones y salieron al exterior. Estaban rodeados de plantas de elevada estatura y hojas verdes.

Den les indicó con la cabeza hacia dónde debían ir. Mientras se abrían paso entre el crujido de las plantas, intentando no agitarlas más que el viento, podían oír a los guardias echando puertas abajo en la casa de huéspedes.

Cuando llegaron al final del jardín, Den dudó.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Obi-Wan.

De repente, un disparo de pistola láser alcanzó la hilera de plantas que tenían a la derecha.

—Eeeh, déjame pensar… ¿Correr? —sugirió Den.

Echaron a correr zigzagueando por los jardincitos. Qui-Gon miró hacia atrás y vio a los guardias tras ellos.

—Llevamos mucha ventaja —gritó Den—. Podemos dejarles atrás. Por lo menos no van en motojets.

En ese momento, tres motojets salieron tras ellos.

—Vaya —jadeó Den.

—¡Activa el sable láser! —gritó Qui-Gon a Obi-Wan.

No aminoraron la marcha y mantuvieron el ritmo de Den. La Fuerza les indicaba cuándo darse la vuelta para rechazar los disparos con el sable láser.

Den zigzagueó por un laberinto de callejuelas. Las motojets les ganaban terreno.

—Aguantad un poco, ya casi estamos —les gritó.

Salieron a un jardín donde una tubería de drenaje surgía del césped. Den se introdujo en su interior. Obi-Wan y Qui-Gon le siguieron rápidamente. Las motojets rugieron furiosas sobre sus cabezas. Los disparos de pistola láser rozaron la tubería, pero no traspasaron el metal.

—Esto discurre bajo tierra hasta un sótano cercano —dijo Den—. Nunca nos encontrarán.

—Eso fue lo que dijiste antes —gruñó Obi-Wan.

—Dije diez contra uno —corrigió Den—. La próxima vez te daré más posibilidades.

Se arrastraron a cuatro patas sobre agua sucia y cubierta por una capa de lodo.

—Den, ¿qué era lo que drenaban por esta tubería? —preguntó Qui-Gon. El olor era peor que el de la rampa de basura.

—No preguntes —dijo Den sonriendo.

Al fin vieron un pálido rayo de luz. Fueron a parar al suelo de un sótano, con las túnicas manchadas de polvo, basura y una sustancia que Obi-Wan prefirió no identificar.

Den les condujo al exterior a través de una puerta lateral, y salieron a un callejón. Luego miró a ambos lados y hacia arriba.

—¿Lo veis? Estamos salvados.

—¿Tú estarás a salvo a partir de ahora? —preguntó Qui-Gon.

—¿Es una broma, no? ¡No podéis dejarme ahora! —protestó Den—. Aún no he terminado de salvaros el pellejo. Vamos, yo os llevé hasta el peligro. Dejad que os saque de él. Conozco un sitio seguro en el que podéis quedaros.

—¿Tan seguro como el último? —preguntó Obi-Wan.

—Éste es distinto —les garantizó Den—. Es el escondite de un colega. Mirad, los guardias estarán por todas partes. Tenéis que ocultaros al menos unas horas.

—¿Y por qué deberíamos fiarnos de ti? —preguntó Qui-Gon.

—Quizá porque no hay más opciones —dijo Den.

—Uno siempre tiene opciones —concluyó Qui-Gon—, pero te seguiremos.

Capítulo 6

Obi-Wan no podía creerlo. Era obvio que Den era un delincuente. ¿Por qué le confiaba Qui-Gon sus vidas? Cuando Den echó a andar, Obi-Wan le hizo esa pregunta a Qui-Gon. El Jedi se limitó a suspirar.

—Piénsalo, Obi-Wan. Nosotros también somos delincuentes, al menos para la policía. ¿Quién puede ocultarnos mejor que los que también se esconden?

Qui-Gon le puso una mano a Obi-Wan en el hombro.

—No te preocupes. En su interior sólo hay pureza.

—Que me maten si lo percibo —gruñó Obi-Wan. Aun así, le gustaba la sensación tranquilizadora que le provocaba la mano en su hombro. Era casi como si Qui-Gon y él fueran Maestro y aprendiz de nuevo.

Den les llevó a otra zona de la ciudad, lejos de las amplias avenidas del centro. En aquel lugar, los edificios se apiñaban unos contra otros como si el viento frío les hubiera obligado a acercarse para darse calor y protección.

Den les guió hacia un edificio situado en medio del grupo. En lugar de entrar, se introdujo por un callejón cercano. Una tubería rota colgaba de una pared. Den saltó y se agarró a ella.

—Es más sencillo de lo que parece —dijo. Sonrió ante la exasperada mueca de Obi-Wan—. ¿Qué pasa, chaval? Has bajado por una rampa de basura y te has metido por una tubería de drenaje. Creo que puedes hacer esto.

Mirando irritado a Qui-Gon, Obi-Wan asió la tubería. Desde la calle parecía que iba a caerse encima del primero que pasara, pero comprobó que estaba firmemente sujeta al muro. Tenía pequeños clavos en los lados que no se veían desde abajo, pero eran suficientemente grandes como para servir de asideros para los pies y las manos. Den tenía razón. Era más fácil de escalar de lo que pensaba.

Obi-Wan subió y llegó hasta el borde del tejado. Había un depósito de agua en una esquina, con una ruinosa escalera en espiral que lo rodeaba y ascendía hasta una plataforma colocada en la parte superior.

—No me lo digas —dijo Obi-Wan—. Ahora tenemos que saltar al depósito de agua.

—¡Fijo! —dijo Den, riéndose. Llegó hasta el tanque y dio una serie de rítmicos golpecitos. Recibió otra en respuesta.

—Está dentro —dijo—. Vamos.

Obi-Wan siguió a Den por la escalera en espiral hasta la parte superior del depósito. Cuando llegaron a la plataforma, vio que el techo estaba hueco. Estaba pintado para que pareciera agua oscura. Nadie desde arriba podría distinguir ese depósito de los que había en los otros tejados.

Den abrió una trampilla y desapareció en el interior. Obi-Wan le siguió. Para su alivio, se encontró en una escalera que conducía a un bonito apartamento. Las paredes eran curvas y estaban hechas de duracero. El suelo estaba cubierto con una gruesa

moqueta y había sitios cómodos para sentarse. En el centro descansaba una mesa enorme repleta de material técnico.

Una joven se levantó de su sitio en la mesa. Tenía el pelo castaño oscuro recogido en varias trenzas alrededor de la cabeza, y los ojos de un cálido color miel. En ese momento, miraba con sospecha a Obi-Wan y Qui-Gon.

—¿A quién me has traído esta vez, Den? —preguntó ella.

—Amigos —respondió Den.

—Siempre son amigos —dijo ella en tono suspicaz. Contempló parpadeando las túnicas manchadas—. Y siempre van tan bien vestidos.

—Tuvimos un par de problemitas para llegar, pero podrían ayudarnos —se volvió hacia Qui-Gon y Obi-Wan—. Ésta es Andra. Es la líder del partido POWER, es decir «Preserva Nuestros Recursos Naturales en Peligro de Extinción»[1]. Andra, ellos son Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi, dos visitantes Jedi a los que la policía parece perseguir.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Por qué os buscan?

Den cogió una pieza de fruta de un cuenco y se la lanzó a Obi-Wan.

—Toma, chaval, que pareces hambriento. ¿Y qué más da por qué les buscan, Andra? Les necesitamos. Necesitan información sobre UniFy.

Las sospechas de Andra se tornaron en interés. La mujer les miró con curiosidad.

—Quizá podríais explicarnos qué es lo que hacéis —sugirió Qui-Gon—. ¿Qué es el partido POWER?

—Somos un partido político que se opone a los que controlan el Gobierno —respondió ella—. Por desgracia, ahora estamos fuera de la ley. El Gobierno nos ilegalizó. Fuimos los primeros en dar la voz de alarma cuando el Gobierno otorgó la administración de nuestros lugares sagrados a UniFy. Preguntamos por qué entregaban nuestras tierras a intereses privados, y por qué teníamos que confiar en que una corporación las conservaría y protegería. Casi nadie nos escuchó. A casi todos les bastaba con liberarse de la carga de los impuestos. Pero algunos nos escucharon y se unieron a nosotros. En nuestro grupo hay antiguos trabajadores del Gobierno, científicos, expertos en medioambiente y ciudadanos comunes que nos oyeron cuando se nos permitía hablar. Ahora tenemos que ocultarnos y nos reunirnos aquí cuando podemos.

—¿Tenéis pruebas de que UniFy se está aprovechando de los lugares sagrados? —preguntó Qui-Gon.

Ella dudó un momento.

—Teníamos pruebas de que algo está ocurriendo en los Lagos Sagrados. Tres personas fueron al parque global para recopilar imágenes y pruebas. Murieron en un accidente de deslizador cuando regresaban a Thani. Me dijeron que tenían pruebas irrefutables de algo, pero no de qué. Creo que su muerte no fue un accidente. Las pruebas que traían consigo fueron destruidas. Nos estamos movilizando para hacer otra incursión —la mujer se tiró impaciente de un pelo que se le había salido de una trenza—. Es difícil.

[1] POWER: Preserve Our Wild Endangered Resources.

La seguridad es muy estricta en los parques globales. Dicen que tienen que mantener a la gente alejada hasta que terminen de recuperar la tierra. Nosotros pensamos que la están explotando, inspeccionándola para futuros desarrollos.

—¿Y por qué no hace más preguntas el pueblo de Telos sobre todo eso? —preguntó Qui-Gon—. Este planeta es famoso por la conservación de sus bellezas naturales. No tiene sentido, ni siquiera desde un punto de vista económico. El turismo es una de las mayores industrias en Telos.

Andra parecía desolada.

—La katharsis. La gente está obsesionada por las apuestas. Viven con la esperanza de ser elegidos en el sorteo y no se preocupan por los turistas. Ahora vienen más por la katharsis que por los parques globales. La codicia se ha apoderado de ellos como una fiebre —miró a Qui-Gon interrogativa y fría—. ¿Qué os hace pensar que podéis ser útiles?

—Yo no lo pienso —dijo Qui-Gon sinceramente—. Fue idea de Den.

—Parecéis muy interesados en UniFy —dijo Den—. Y quizá me equivoque, pero creo que no tenéis cita mañana.

Qui-Gon no dijo nada. Obi-Wan admiró su tranquilidad. Era capaz de comunicar su paciencia y sus ganas de escuchar sin ofrecer nada a cambio.

—¿Eres activista del medio ambiente, como Andra? —preguntó Obi-Wan a Den.

Antes de que pudiera responder, Andra se echó a reír.

—¿Quieres decir que si está comprometido con algo que no sea él mismo? No. Den no. Nuestra relación es puramente económica.

—Oye, un momento —replicó Den enojado—. Yo tengo tantos ideales como cualquiera.

—Sí, si cualquiera quiere decir ladrones o carteristas —replicó Andra, girándose hacia Obi-Wan y Qui-Gon—. Cuando nos reunimos por primera vez en el subsuelo, necesitábamos equipo técnico. Tuve que buscar en el mercado negro piezas de ordenador y comunicadores. Así conocí a Den. Ha estado robando las piezas que necesitábamos para seguir adelante. Hemos conseguido imprimir una publicación clandestina advirtiendo a la gente de lo que pasa. Pero Den sólo siente lealtad por los créditos que le doy.

—Perdóname por necesitar dinero para vivir, Capitana Integridad —dijo Den a Andra—. No todos podemos vivir de ideales. Sobre todo porque no te pagan el alquiler. Si no fuera por mí estarías hablando con estas paredes, y no con la «gente» de ahí fuera.

—Cómo te gusta adjudicarte el mérito de nuestros logros —le dijo ella con frialdad.

—¿Veis lo que pasa cuando intentas ayudar a alguien? —farfulló Den a los Jedi—. Insultos. Con razón soy un ladrón.

Andra le ignoró y se volvió hacia Qui-Gon y Obi-Wan.

—Podéis quedaros aquí si queréis. Los enemigos de UniFy son mis amigos.

—Yo no he dicho que fuera enemigo de UniFy —dijo Qui-Gon sonriendo.

Ella le contempló un instante.

—Pero lo eres, ¿no? Puede que Den tenga razón. Quizá podamos ayudarnos unos a otros. Pero tenéis que contarme por qué estáis aquí y por qué os busca la policía.

—No sé de qué se nos acusa, pero debe ser grave —admitió Qui-Gon—. Sea lo que sea, es falso. Tenemos un enemigo poderoso en Telos. Creo que está utilizando UniFy como tapadera para su propia empresa.

—¿Qué empresa? —preguntó Andra.

—Offworld.

Andra se quedó sin aire.

—Offworld… Es la corporación minera más grande de la galaxia —dos puntos de color aparecieron en sus mejillas—. Pero eso significa que UniFy podría estar estudiando nuestras tierras para futuras prospecciones. Si pudiéramos probar que las dos compañías están relacionadas tendríamos pruebas de los planes de UniFy.

—Andra me contrató para introducirme en los archivos de UniFy —les dijo Den—. Trabajé allí hace unos meses y olvidé devolver la tarjeta de identificación. Tuve que irme muy rápido.

—¿Lo olvidaste? —preguntó Qui-Gon.

Den sonrió.

—Y luego, al marcharme, me llevé por error otros dos carnets. Podemos entrar. Tenemos todo a favor.

Qui-Gon dudó y se volvió hacia Andra.

—Tú no pareces fiarte de él. ¿Por qué tendríamos que hacerlo nosotros? —dijo Qui-Gon firmemente.

Andra suspiró.

—¿De qué vas, Den? ¿Por qué arriesgarte a entrar de nuevo?

—Porque no he terminado el trabajo por el que me pagaste —le dijo Den—. Me siento mal por ello. Tengo mi integridad, ¿sabes?

—¡Pero si eres un ladrón! —gritó ella desesperada.

—¡Exacto! —exclamó Den—. ¡Por eso voy a robar!

—¿Por qué será que no me siento seguro? —se preguntó Obi-Wan en voz alta.

Andra suspiró.

—Sé exactamente lo que quieres decir.

Capítulo 7

Además de los carnets, Den se las había arreglado para robar los unimonos grises que vestían los empleados técnicos no cualificados en UniFy. Fue increíblemente sencillo unirse a la corriente de trabajadores que entraban en el edificio al amanecer del siguiente día. Los guardias de seguridad les cogieron las tarjetas identificativas y les permitieron la entrada.

Vale, ya hemos entrado, pensó Obi-Wan. *¿Pero será tan fácil salir?* Por alguna razón, Qui-Gon había decidido fiarse del tal Den. Y el Consejo Jedi pensaba que él, Obi-Wan, era el impulsivo.

Den bajó un piso en el turboascensor.

—Los archivos principales están en un área restringida —explicó—. Tendremos que bajar por la escalera de mantenimiento. Después habrá un guardia en la puerta. ¿Le podéis arrear con esos sables láser vuestros? Podríamos encerrarle en un armario hasta que hayamos terminado.

—Yo me ocuparé —dijo Qui-Gon.

Se deslizaron por la escalera de mantenimiento y entraron en un pasillo largo y blanco iluminado con luces suaves. Un guardia de seguridad estaba sentado frente a un monitor al otro extremo del corredor.

—Pases —dijo el guardia.

Qui-Gon le entregó su tarjeta identificativa y se concentró en la mente del telosiano. *Es válido. Pueden pasar*.

—Es válido —dijo el guardia—. Pueden pasar.

La puerta se abrió con un siseo y entraron.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Den atónito.

—Una herramienta Jedi —respondió Qui-Gon—. La Fuerza puede emplearse fácilmente con los débiles de mente.

—Estoy impresionado —dijo Den, moviendo la cabeza con un gesto de admiración—. ¿Podéis imaginaros lo que podríais hacer con eso si tuvierais un poco de malicia? Oye, ¿el Templo Jedi ése aceptaría a un tío como yo?

—No —dijo Qui-Gon de inmediato, entrando por una puerta sobre la que podía leerse: «Archivos de seguridad».

La habitación estaba llena de ordenadores y archivos holográficos. Den se acercó rápidamente al terminal principal.

—Entraré en el sistema, y mientras, vosotros dos buscaréis en otros monitores —dijo con los dedos volando por el teclado—. Han cambiado la contraseña, pero yo ideé un programa que… ¡ahí estamos! Si me llamáis genio tendré que daros la razón.

Qui-Gon estaba en otro terminal e indicó a Obi-Wan que se pusiera en el de al lado. Sería más rápido si todos buscaban de forma independiente.

Nombres de archivos y cifras parpadeaban en la pantalla. Había muchos denominados «Lagos Sagrados».

—Por lo menos hay trescientos archivos —dijo Qui-Gon un momento después—. Vamos a por ellos. Den, mira los cien primeros, Obi-Wan, tú los siguientes cien. Yo comprobaré los últimos. Hacedlo lo más rápido que podáis. Buscad todo lo relacionado con Offworld, extracción de minerales y prospecciones —miró a Den—. No intentes hacer nada.

Den parpadeó inocentemente.

—¿Como qué?

—No quiero aventurarme a averiguarlo —dijo Qui-Gon fríamente—. Sólo haz lo que he dicho.

Obi-Wan accedió al primer archivo y lo visualizó rápidamente. Era un registro de correspondencia entre el director del proyecto de los Lagos Sagrados con su superior en UniFy. Por lo que pudo ver, lo único que contenía era pedidos de combustible y alimentos para los trabajadores. Nada. Pasó al siguiente.

Y al siguiente. Y al siguiente… Obi-Wan visualizó un archivo tras otro. Nunca imaginó que trabajar para una gran corporación podía ser tan aburrido. La información se repetía una y otra vez y se comprobaba de nuevo. No vio nada sospechoso.

—Ojalá estuviera aquí Tahl —murmuró Qui-Gon—. Ella podría interpretar estos registros financieros. Lo complican todo tanto…

Qui-Gon se calló de repente. Obi-Wan vio que la pantalla del Maestro Jedi se había bloqueado. Cuando miró la suya, vio que también estaba bloqueada.

—Den, ¿qué ocurre? —preguntó.

—No lo sé —dijo Den preocupado. Intentó apagar el monitor, pero el interruptor no funcionaba—. Es posible que se trate de un bloqueo temporal —se levantó y fue hacia la puerta—. No hagáis ruido.

—¿Adónde vas? —preguntó Qui-Gon.

—Sólo voy a echar un vistazo. No os preocupéis.

Den salió por la puerta. Qui-Gon se levantó despacio.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —dijo. Obi-Wan le miró sorprendido.

—Pero no podemos abandonar a Den.

Qui-Gon estaba muy serio.

—Él ya nos ha abandonado.

Obi-Wan oyó pasos. La puerta se abrió.

—No desenfundes el sable láser —le ordenó Qui-Gon rápidamente, justo antes de que entraran las fuerzas de seguridad.

Obi-Wan sabía por qué lo decía. Qui-Gon esperaba que no les detuvieran por delincuentes, sino que, con un poco de suerte, les retuvieran en UniFy como simples intrusos.

Pero esa esperanza se disipó de inmediato cuando el fornido jefe de seguridad dio un paso adelante.

—Se les acusa de infringir la ley telosiana bajo el Penal Galáctico —les dijo—. Quedan arrestados.

Capítulo 8

Obi-Wan y Qui-Gon fueron trasladados de inmediato a la Comisaría Central, donde fueron reconocidos como criminales galácticos fugados y conducidos a prisión. Qui-Gon solicitó que se notificara el incidente al Templo, pero la petición fue denegada.

—La justicia telosiana solía ser equitativa —dijo a Obi-Wan ya en la húmeda celda subterránea—. Deberían darnos la oportunidad de defendernos.

—Ni siquiera sabemos de qué se nos acusa —dijo Obi-Wan—. ¿Crees que descubrirán que todo es un montaje?

—Siempre cabe esa esperanza —dijo Qui-Gon—. No pueden retenernos durante mucho tiempo sin demostrar que hemos hecho algo malo. Por lo menos no encontraron los sables láser.

Empleando la Fuerza, Qui-Gon había conseguido impedir que los guardias les registraran a fondo.

—¿Y por qué no echamos esta puerta abajo? —preguntó Obi-Wan, colocando las manos sobre el duracero blindado.

—Porque tendremos a cincuenta guardias encima antes de que podamos ir muy lejos —dijo Qui-Gon—. Tenemos que esperar a que llegue el momento oportuno. Encontraremos la forma de escapar.

—No puedo creer que Den nos abandonara de esa manera —dijo Obi-Wan disgustado—. Seguro que supo que la alarma de seguridad se disparó en cuanto los monitores se bloquearon.

—Sí, eso creo —dijo Qui-Gon con calma—. Pero es mejor que nos concentremos en lo que vamos a hacer ahora.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Obi-Wan—. Estamos encerrados.

—Podemos pensar en el siguiente paso —dijo Qui-Gon—. Es una pérdida de tiempo echarle la culpa a Den. ¿Qué aprendimos cuando fuimos a UniFy?

—Yo sólo aprendí que la gente que trabaja en empresas envía demasiados informes —dijo Obi-Wan descorazonado.

—Había muchos, es cierto —admitió Qui-Gon—. Y la mayoría eran triviales. Muchos de ellos sólo servían para confirmar una conversación por un comunicador. ¿Te diste cuenta? Sospecho que esa cantidad de archivos es para frenar a los inspectores en caso de que la compañía sea investigada. Es muy difícil encontrar la verdad cuando está enterrada bajo montañas de datos. ¿Te recuerda eso a algo?

Obi-Wan pensó un momento.

—Offworld —dijo al fin—. Esa compañía oculta sus verdaderas intenciones e incluso la ubicación de su sede central utilizando a otras empresas. Emplea la confusión para esconderse.

—Exactamente —dijo Qui-Gon—. Y hay otra cosa que aprendí en UniFy. Cuando los monitores se bloquearon, pude ver lo que estaba haciendo Den. No buscaba archivos sobre Offworld o los Lagos Sagrados. Buscaba archivos sobre la katharsis.

—¿Por qué? —preguntó Obi-Wan.

—Desconozco la respuesta —dijo Qui-Gon—, pero la pregunta es interesante. UniFy administra los fondos del sorteo, así que supongo que tendrá archivos sobre la katharsis. Pero ¿por qué estaba Den tan interesado? Piensa en su carácter.

Obi-Wan recordó las palabras de Andra.

—Seguro que piensa que puede enriquecerse de algún modo.

—Exactamente —asintió Qui-Gon—. Creo que fue por eso por lo que accedió a ayudarnos. Así que, ya ves, cuando salgamos de aquí, tendremos otra cosa más que investigar.

—¿Cuando salgamos de aquí? —preguntó Obi-Wan, mirando a la puerta acorazada de duracero.

—Saldremos —dijo Qui-Gon con el mismo tono tranquilo.

Obi-Wan deseó estar tan seguro. Tenía la sensación de que ahora que Xánatos les tenía donde quería, no sería tan estúpido como para dejarlos escapar.

***

Pasaron frío en la celda aquella noche. Obi-Wan se despertó antes del alba. Estaba tumbado en un jergón, con los ojos abiertos. La celda no tenía ventanas, así que no podía distinguir las paredes del suelo. La oscuridad le rodeaba, como si estuviera flotando en el vacío. Quizás esa sensación de desorientación era parte del castigo.

El único indicio de la llegada del día fue que las luces del calabozo se encendieron. Les dieron un poco de pan duro y un té suave para desayunar.

El día pasó lentamente. Qui-Gon pidió repetidas veces poder dirigirse a algún superior, pero la petición fue denegada.

Qui-Gon y Obi-Wan hicieron una serie de estiramientos musculares para no entumecerse y luego meditaron. En cautividad, un Jedi organizaba su mente, calmaba el espíritu y fortalecía su cuerpo.

Qui-Gon meditaba sentado en el duro suelo de piedra. De repente suspiró y levantó la cabeza.

—Lo siento, Obi-Wan.

Obi-Wan se quedó atónito ante la frase.

—¿Cómo has dicho? —preguntó.

—Deberías estar en el Templo. No tendría que haber dejado que me acompañaras. Fue un error por mi parte.

—La decisión fue mía —dijo Obi-Wan—. Y no lamento estar aquí.

La sonrisa de Qui-Gon era tan tenue como la luz.

—¿Aunque tengas hambre y frío?

—Estoy donde debo estar —respondió Obi-Wan—. Contigo.

Qui-Gon se puso de pie.

—Fui muy duro contigo tras lo ocurrido en Melida/Daan.

—No más de lo que me merecía —a Obi-Wan le sorprendió ver la emoción en el rostro de Qui-Gon. Era la primera vez que su antiguo Maestro sacaba el tema del enfrentamiento entre ellos, y lo hacía con más dolor que ira. Parecía estar buscando cuidadosamente las palabras.

—No, Obi-Wan, fue mucho más de lo que te merecías —corrigió Qui-Gon—. Me he dado cuenta de que mi reacción fue consecuencia de mis propios errores y no de los tuyos. No había tenido la ocasión de decírtelo. Yo… —se detuvo de repente—. Está aquí —murmuró.

Entonces Obi-Wan lo percibió también. La perturbación en la Fuerza era como el susurro de un gas venenoso colándose a través de la rendija de la puerta y llenando la habitación. Se puso de pie y se colocó frente a la puerta.

La lámina de duracero se abrió rápidamente con un zumbido. Xánatos estaba en el pasillo. Llevaba la túnica negra echada hacia atrás, las piernas levemente separadas y las manos en las caderas.

—¿Os divertís? —preguntó, levantando una ceja y sonriendo.

Qui-Gon se colocó frente a él sin hablarle.

—Ah, el rollo silencioso —dijo Xánatos con un suspiro—. Y yo que pensaba que podríamos charlar un rato. No queda mucho tiempo. Ya se ha decidido vuestro castigo.

—Pero si no ha habido juicio —dijo Qui-Gon con calma.

—Pues claro que sí —respondió Xánatos—. Pero se os consideró demasiado peligrosos para asistir.

—¡Tenemos derecho a asistir a nuestro juicio! ¡Eso no es justo! —exclamó Obi-Wan.

Xánatos negó con la cabeza.

—Ah, recuerdo cuando yo era así de joven. Cuando pensaba que la vida me trataría con justicia. Antes de conocerte, Qui-Gon Jinn.

—La vida no te trata ni justa ni injustamente —dijo Qui-Gon—. Sólo está ahí. Depende de nosotros ser justos o injustos.

—Nunca es demasiado tarde para un poco de la gran sabiduría Jedi —dijo Xánatos con tono de burla—. Y siempre es lo mismo. Sólo acertijos. Pues adivina esto, Jedi. Como vosotros no comparecisteis en el juicio, fui yo quien acudió por vosotros. Fui el testigo estrella en vuestra contra. Tenía pruebas de vuestros crímenes, registros de los muchos planetas que han presentado cargos contra vosotros, relatos sobre la cantidad de veces que habéis escapado de la justicia por la galaxia. Y, por fin, la justicia os ha dado alcance en Telos. También ayudó el hecho de tener a un padre destrozado en el tribunal, desgarrado por la muerte de su hijo a manos de tu cómplice. —Xánatos suspiró profundamente—. Pobre Bruck. Siempre pensé que sólo necesitaba un empujoncito para tener éxito. ¿Cómo iba yo a saber que sería Obi-Wan Kenobi el que se lo daría?

Xánatos levantó una mano y la chocó con la otra en una sonora palmada. Fue estremecedoramente similar al ruido que hizo la cabeza de Bruck cuando se golpeó contra las rocas de la cascada. Obi-Wan intentó no pestañear. No quería dar a Xánatos esa satisfacción, pero sintió un golpe dentro de él. La desesperación y la culpa surgieron

en su interior cuando recordó la mirada sin vida de Bruck y el brazo estirado como si fuera un último y desesperado grito de ayuda.

—El tribunal puede haber escuchado todas tus mentiras —dijo Qui-Gon rápidamente, percibiendo el dolor de Obi-Wan e intentando distraer a Xánatos—, pero cuando el Templo sepa…

Xánatos rió.

—Cuando el Templo conozca vuestro destino, ya estaréis muertos. Ésa es vuestra sentencia, Jedi. Pena de muerte.

Xánatos se adelantó súbitamente. Sus ojos azules brillaban como la parte más ardiente de una llama. Su pálida piel parecía estirarse sobre sus huesos. Su rostro era como una calavera con ojos de fuego.

—Y yo estaré ahí para veros morir —siseó en el rostro de Qui-Gon.

Capítulo 9

Ni siquiera tuvieron la oportunidad de decir nada más o de gritar pidiendo ayuda. Xánatos se aseguró de que toda una tropa de guardias les rodearan, y fueron conducidos por los pasillos de la prisión hasta el patio delantero.

El sol todavía estaba bajo en el cielo. Las dos torres de la cárcel proyectaban dos tétricas sombras en el suelo del recinto. Una multitud llenaba el terreno y llegaba hasta la calle. Cuando vieron a los prisioneros, estallaron en silbidos y abucheos.

—Les encantan las ejecuciones —murmuró uno de los guardias a otro.

Qui-Gon sintió una siniestra energía emanando del gentío. Telos nunca había tenido ejecuciones públicas. Ese tipo de demostraciones solían darse en planetas más primitivos. ¿Qué había ocurrido con el pacífico Telos? Un solo hombre, si era tan astuto y poderoso como Xánatos, había bastado para corromperlo.

Qui-Gon se sentía más seguro por la presencia de su sable láser bajo la túnica. Sin embargo, no sabía cuándo podría utilizarlo.

Un patíbulo comenzó a elevarse impulsado por propulsores hasta que estuvo por encima del público. Dos fornidos guardias permanecían junto a dos losas articuladas de duracero. Una rampa iba desde las losas hasta el borde de la plataforma. Había hachas vibratorias apoyadas contra las losas. Qui-Gon adivinó al momento cómo se desarrollaría la ejecución. Obligarían a Obi-Wan y a él a tumbarse en las losas y luego les decapitarían con las vibro-hachas, las bisagras se doblarían y sus cabezas rodarían por la rampa e irían a parar frente a la multitud.

Era espantoso, pero rápido.

Qui-Gon vio cómo Obi-Wan tragaba saliva. Por primera vez, estaba realmente preocupado. Había pensado que en cualquier momento tendrían la oportunidad de escapar, pero ¿cómo se abrirían paso entre la multitud? Aunque pudieran librarse de los guardias y de Xánatos, la gente se pondría en su contra.

Les metieron en una jaula de energía que se elevó por encima de la excitada muchedumbre, que pedía a gritos una muerte dolorosa y lenta. Xánatos estaba en lo alto de las escaleras, mirando con ojos ávidos cómo ascendía la jaula.

Era el deber de un Jedi aceptar la muerte cuando llegaba, pero Qui-Gon no podía calmarse. No había llegado su momento. Ni el de Obi-Wan. Vio al chico esforzándose por controlar el miedo.

—¡Matadlos! ¡Matad a los asesinos! —gritó la multitud.

Qui-Gon sintió la ira creciendo en su interior. Xánatos había provocado aquello. Había exacerbado a la gente. Había llenado sus mentes de odio y mentiras. Si Qui-Gon moría, Xánatos ganaría. Corrompería Telos todavía más y lo destruiría.

Qui-Gon no podía permitirlo.

Pero no debía luchar con ira en su interior, sino con justicia.

—No podemos rendimos —dijo Qui-Gon a Obi-Wan por encima del griterío—. Tendrán que retirar los barrotes de energía para que los ejecutores nos lleven a las losas. Entonces pelearemos. No está todo perdido. Tienes que estar en calma y alerta.

Obi-Wan asintió.

Qui-Gon se fijó en la firme resolución en la mirada de Obi-Wan. Tenían pocas posibilidades de escapar a su destino, pero Obi-Wan lo había aceptado. A Obi-Wan nunca le intimidaban las probabilidades en contra.

La jaula de energía descendió lentamente hacia el patíbulo. Los guardias de seguridad, montados en barredores, flotaban cerca de los prisioneros por si intentaban escapar.

Los gritos de la muchedumbre llegaban apagados a Qui-Gon. Toda su atención se centraba en los guardias del patíbulo. Estaba seguro de que Obi-Wan y él podrían con ellos. Pero ¿qué harían después? Tendrían que saltar al suelo, aunque recibieran ráfagas de pistolas láser desde arriba y abajo. Quizá lo repentino del movimiento facilitara la posibilidad de escapar. Quizá la muchedumbre no estuviera tan hambrienta de sangre como parecía. Pero no le parecían buenas probabilidades. Ni siquiera Den apostaría por aquello, pensó Qui-Gon con desaliento.

Los guardias del patíbulo dieron un paso adelante. Qui-Gon esperó a que los barrotes de energía desaparecieran. En cuanto lo hicieran, echaría a correr.

Por el rabillo del ojo, vio que uno de los barredores realizaba un movimiento extraño y miró hacia allí sin mover la cabeza. El piloto iba encapuchado. En apenas una milésima de segundo, Qui-Gon supo quién era. La sorpresa le dejó de piedra. Era Andra.

—Detrás de ti, Obi-Wan —dijo en voz baja—. Prepárate.

Los barrotes se retiraron. Los guardias fueron hacia ellos. Qui-Gon y Obi-Wan activaron sus sables láser simultáneamente y saltaron a su encuentro. Los disparos de pistolas láser resonaron a su alrededor, y ellos los rechazaron, girando a tanta velocidad que apenas se les distinguía.

Otro barredor se unió al de Andra. Los dos vehículos se acercaron a ellos con los motores rugiendo.

—¡Salta! —gritó Qui-Gon a Obi-Wan mientras se arrojaba desde el patíbulo para caer en el barredor. El otro vehículo recogió igualmente a Obi-Wan. Qui-Gon vio por un momento el gesto determinado de Den.

Qui-Gon aterrizó sobre sus pies, se agarró a los hombros del piloto y se agachó en el asiento mientras el barredor giraba, torcía, subía, flotaba y volvía a girar, intentando esquivar a los guardias que les seguían.

Qui-Gon aún tenía el sable láser en la mano. Rechazó varios disparos mientras el vehículo se lanzaba entre los guardias. Vio a Obi-Wan haciendo lo mismo. Era difícil mantener el equilibrio en el ligero barredor, pero lo estaba consiguiendo.

Con un movimiento audaz, los barredores se dirigieron directamente hacia las torres de la prisión. Qui-Gon vio que las atalayas se acercaban cada vez más, tan cerca que podía apreciar las grietas y los huecos de la superficie. En el último momento, Andra giró

bruscamente. Se acercaron tanto que Qui-Gon se arañó la mano. Dos de los barredores que les perseguían se estrellaron contra las torres. Andra y Den se alejaron a toda velocidad.

Qui-Gon miró hacia atrás. Lo último que vio fue a Xánatos, de pie, sin moverse y viéndole escapar. En la distancia, podía sentir los coletazos de odio que le llegaban. Sabía que volverían a verse. Xánatos se aseguraría de que así fuera.

Capítulo 10

Una vez segura de que se habían alejado de sus perseguidores, Andra se quitó la capucha.

—Gracias por no caerte —gritó a Qui-Gon.

—Gracias por rescatarnos —respondió Qui-Gon—. Estaba a punto de empezar a preocuparme.

Ella sonrió y aceleró. En unos minutos aterrizaron en el callejón cercano a su casa. Den y Andra escondieron los barredores tras un montón de deslizadores polvorientos y abandonados.

—¡Toma ya! —exclamó Den cuando se quitó la capucha—. ¿Hemos aprovechado las posibilidades o no? ¡La próxima vez que escape de un guardia de seguridad quiero llevar a un Jedi detrás!

Obi-Wan no respondió a la sonrisa amable de Den.

—No tendrías que habernos rescatado si nos hubieras advertido en UniFy —señaló.

—Estuve a punto de hacerlo —protestó Den—, pero no tuve oportunidad. Al menos acabé viniendo.

—Sólo porque yo insistí —dijo Andra—. Fui yo la que propuso el rescate.

—¡Que me maten si yo no iba a hacerlo! —protestó Den—. ¡No me diste la oportunidad!

—Sugiero que continuemos la conversación dentro —dijo Qui-Gon, examinando el cielo—. Sé por experiencia que la policía de Telos no se rinde fácilmente.

Subieron por la tubería y entraron en el confortable hogar de Andra. La mujer comenzó a calentar algo de beber y dispuso una bandeja de pan y frutas. Obi-Wan se abalanzó sobre ella hambriento.

—No sé qué hacer —dijo Andra preocupada—. No podemos volver a entrar en UniFy. Estoy segura de que han reparado las brechas en su seguridad. Nunca conseguiremos las pruebas que necesitamos para demostrar que UniFy está relacionada con Offworld.

—Si hubiéramos tenido más tiempo —dijo Den. Qui-Gon le miró fijamente.

—Pero tú no estabas muy interesado en nada relacionado con Offworld, ¿verdad?

Den se agitó en su asiento.

—Pues claro que sí. Es que había demasiados archivos. Tú mismo lo dijiste.

—Vi tu pantalla, Den —dijo Qui-Gon—. No estabas mirando los archivos sobre los Lagos Sagrados. Estabas buscando algo sobre la katharsis.

—¿Katharsis? —Andra se dio la vuelta—. ¿Por qué?

—¡No me miréis así todos! —protestó Den—. ¡Soy un hombre honrado!

Qui-Gon levantó una ceja. Obi-Wan parecía disgustado. Andra suspiró con desesperación.

—Vale, tampoco soy honrado al cien por cien —admitió Den—. ¡Pero soy leal! Estaba buscando algo sobre la katharsis. Cuando trabajaba allí descubrí por casualidad…

bueno, no fue casualidad, me introduje clandestinamente en unos archivos y descubrí que UniFy controla la katharsis.

Andra se dio la vuelta con una taza en la mano.

—¿Estás diciendo que no es el Gobierno quien lo controla?

Den asintió.

—Fue UniFy quien ideó la katharsis. Sobornaron a unos cuantos del Gobierno para que el proyecto cuajara. Básicamente, UniFy tiene al Gobierno en el bolsillo.

Andra se dejó caer en una silla, atónita.

—¿Crees que UniFy diseñó la katharsis específicamente para desviar la atención del pueblo de sus verdaderas intenciones? Van a abrir todos nuestros parques globales al desarrollo. ¡Y nosotros vamos a pagarlo!

—Es realmente diabólico —dijo Den—. Es casi digno de admiración. Tiene que haber un genio maligno detrás de este plan.

Qui-Gon miró a Obi-Wan.

—Xánatos —dijo lentamente. La naturaleza malvada del plan tenía una sencilla elegancia que sólo podía ser propia de Xánatos.

Pero Qui-Gon no había terminado con Den.

—¿Y entonces por qué estabas buscando de nuevo algo sobre la katharsis, Den? —preguntó—. Si ya sabías todo esto, no había mucho más que descubrir.

Todos se volvieron hacia Den. Él les devolvió la mirada con firme inocencia. Eso significaba, sin duda, que estaba a punto de mentir, adivinó Qui-Gon.

—Yo sólo quería ayudar a Andra y al partido POWER… —comenzó a decir.

Andra le interrumpió.

—Deja ya de mentir, Den. No es el momento. Esto es importante.

Él la miró. Qui-Gon percibió la vulnerabilidad que destilaba su mirada. *Se preocupa por ella*, pensó.

—Vale —dijo—. Yo quería ayudaros, pero también buscaba la forma de amañar el sorteo.

—Siempre preocupándote por ti mismo, ¿no? —dijo Andra con amargura.

—No —dijo Den lentamente—. También me preocupo por ti, aunque no quieras darte cuenta.

—¿Y conseguiste averiguar cómo amañarlo? —preguntó Qui-Gon.

—No exactamente —contestó Den mirando hacia otro lado.

—¿Descubriste algo? —preguntó Obi-Wan impaciente.

—Sí —admitió Den—, que el sorteo ya está amañado.

Capítulo 11

—Las cosas van demasiado rápido —dijo Andra débilmente—. Dejad que os sirva el té.

Se sentaron alrededor de la mesa con las tazas de té caliente en las manos. La grandiosidad del plan aturdía a Andra. Siempre había esperado encontrar conspiraciones y corrupción, pero no a semejante escala. Era obvio que se habían topado con una estrategia para explotar los recursos naturales de todo un planeta. La cuestión era encajar todas las piezas y saber lo que podían hacer al respecto.

Qui-Gon apuró su taza.

—Sugiero un plan dividido en dos —dijo—. En primer lugar, Den se introducirá en el sistema del sorteo.

—Oye, espera un momento —dijo Den—. ¿Qué quieres decir con que me infiltraré en el sistema del sorteo? ¿Qué te hace pensar que puedo hacerlo?

—Tengo la sensación de que sabes hacerlo —dijo Qui-Gon cortante—. ¿Por qué, si no, te arriesgarías tanto para volver a entrar en UniFy? ¿Por qué, si no, saltaron los dispositivos de seguridad? Tú ya te habías metido alguna vez en el sistema.

Den bebió un sorbo de té y se atragantó. Nadie se movió para ayudarle.

—Vale, vale —graznó él—. Creo que puedo manipularlo. Quiero decir, creo que puedo amañar la parte que ya está amañada.

—Y sabes cómo asegurarte de que ganarás el premio —dijo Qui-Gon.

Den asintió con desgana.

—Puedo manipularlo para que yo gane el sorteo. UniFy siempre selecciona a un ganador por adelantado. A medida que avanzan los juegos, a algunos de los concursantes se les proporciona equipo defectuoso, nada realmente llamativo, sólo cosas que reducen ligeramente sus posibilidades de ganar. Uno de los competidores ha sido seleccionado por adelantado y sobornado. Él o ella accede a devolver a la empresa la mitad de la fortuna de forma clandestina. Lo único que tengo que hacer es poner mi nombre en el lugar del próximo ganador.

Andra negó con la cabeza.

—Sabía que tenías un motivo oculto para ayudarme. Ibas a coger el dinero y desaparecer.

—Estás de broma, ¿no? —dijo Den—. No puedo creer que realmente pienses algo así. Tras ganar habría compartido esa fortuna. Al menos una parte.

—No quiero nada de una fortuna obtenida destruyendo nuestros lugares sagrados —dijo Andra bruscamente—. ¡Y tú tampoco deberías hacerlo!

—¡No es culpa mía que los estén explotando! —protestó Den—. Y una fortuna es una fortuna.

—Ése es tu problema —dijo Andra—. Crees realmente lo que dices.

—¿Quiere alguien escuchar la segunda parte de mi plan? —interrumpió Qui-Gon suavemente—. En segundo lugar deberíamos continuar con el plan original de Andra y visitar los Lagos Sagrados. Habrá que volver a reunir las pruebas.

—No será fácil —dijo Andra—. La seguridad es muy estricta.

—Podéis usar un poco de la cosa ésa Jedi para ablandar las mentes y doblegar las voces —sugirió Den.

—Creo que necesitaremos algo más que eso —dijo Qui-Gon—. Andra, ¿puedes reunir a tus seguidores? Creo que lo mejor es infiltrarse por varios puntos para no depender de un único equipo.

Andra miró su taza y acarició la madera de la mesa con la mano.

—¿Andra? —insistió Qui-Gon.

Ella alzó la mirada.

—No puedo hacerlo —dijo ella—. No he sido totalmente sincera con vosotros. No tengo seguidores. Yo soy el partido POWER.

—¿Que no hay partido? —preguntó Obi-Wan incrédulo.

Ella se encogió de hombros y sonrió débilmente.

—Sólo soy yo. Tuve algunos seguidores, pero todos desaparecieron cuando el equipo de investigación fue asesinado. Nadie me escucha ya. Todos piensan que estoy loca porque preveo un futuro poco prometedor al que nadie se quiere enfrentar, y mucho menos impedir.

Den comenzó a reírse de repente.

—¡Así que la Capitana Integridad ha estado mintiendo todo el tiempo! —dijo entre carcajadas—. ¡Es lo mejor que he oído en el milenio!

—Basta, Den —gruñó Andra—. Tenía que fingir que tenía apoyo. Necesitaba que me ayudarais.

—Vale —dijo Den asintiendo—. Claro. Tú puedes engañar porque estás salvando un planeta. Ya lo capto. Mientras tus motivos sean puros, puedes hacer lo que te dé la gana.

—No digo eso —le replicó Andra enfadada—. Si te preocuparas por algo que no fuera tú mismo, lo entenderías.

—Lo que entiendo es que harías cualquier cosa para conseguir lo que quieres —dijo Den—. Nos parecemos más de lo que quieres admitir, Andra.

Andra le miró furiosa.

—Preferiría parecerme a un dinko.

—Eso lo puedo arreglar —dijo Den rápidamente—. Un dinko es una criatura con colmillos y un carácter terrible. El problema es ¿en qué te diferencias de él? Déjame ver tus dientes.

—Tú sigue así, Den —le advirtió Andra.

—Bueno, ya basta —cortó Qui-Gon—. Tenemos un problema. ¿Quién va a entrar en los Lagos Sagrados?

—Yo lo haré —dijo Andra, mirando furiosa a Den.

—Yo iré contigo —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—No.

—Pero si es lo mejor —discutió Obi-Wan—. Un chaval viajando con una mujer no llamará mucho la atención. Pareceremos hermanos de excursión. Si nos cogen, podremos decir que nos habíamos perdido.

—Y tú deberías quedarte aquí para vigilar a Den —dijo Andra a Qui-Gon—. Si consigue amañar el sorteo podría coger el dinero y salir del planeta.

—Gracias por tu apoyo —dijo Den sarcástico.

—¿Me has dado algún motivo para fiarme de ti últimamente? —le preguntó Andra con frialdad.

—Dinko —replicó él.

—Mangante —escupió ella.

Qui-Gon ignoró la riña por el momento. Estaba exasperado y preocupado. No quería que Obi-Wan viajara sin él. Xánatos andaba suelto en su propio planeta y estaba furioso por su huida. Pero lo que el chico decía tenía lógica. Tenían que arriesgarse para atrapar a Xánatos. Pero ¿era ese riesgo mayor que el que estaba dispuesto a soportar?

Vio a Obi-Wan mirándole. El chico no entendía por qué no quería dejarle ir. Para Obi-Wan era una cuestión de confianza. Qui-Gon tenía que permitírselo.

—De acuerdo —dijo él—. Obi-Wan y Andra reunirán las pruebas. Den y yo nos quedaremos aquí. Ahora procedamos a los preparativos.

Capítulo 12

Obi-Wan y Qui-Gon estaban junto a los barredores que llevarían a Obi-Wan y Andra a los Lagos Sagrados. No muy lejos, Andra permanecía junto a Den, comprobando su equipo de supervivencia.

Obi-Wan apenas había dormido unas horas, pero se sentía alerta y despejado. Unas cuantas estrellas dispersas parpadeaban en el firmamento. Todavía quedaba una hora para el amanecer. Andra pensó que lo mejor era entrar en el parque a primera hora de la mañana, tomar las fotos, reunir las pruebas y largarse. Tendrían que volver a Thani al mediodía, antes de la última ronda de la katharsis.

—Si veis cualquier señal de peligro, salid de allí —le ordenó Qui-Gon con calma—. Si no podéis esquivar la seguridad no intentéis ni siquiera entrar en la zona. Comprobadlo antes.

—He estudiado los mapas —dijo Obi-Wan—. Andra conoce una entrada secreta. La utilizaba cuando era pequeña. Ella cree que sigue estando allí.

—Estudiar el mapa no es lo mismo que conocer la zona —dijo Qui-Gon—. No te confíes. Asegúrate de que la entrada te garantiza la salida.

—Ya sé todo eso —dijo Obi-Wan. Se sentía frustrado y decepcionado. Qui-Gon le estaba tratando como a un estudiante de cuarto del Templo. Él sabía que si Qui-Gon le aceptaba de nuevo volverían a formar un equipo de Maestro y padawan, ¿pero tenía Obi-Wan que volver a ser un niño?

Qui-Gon asintió.

—Ya sé que lo sabes, pero mi intranquilidad me obliga a repetir estas cosas. Confío en ti, Obi-Wan.

Las palabras se filtraron en Obi-Wan y le llenaron de calidez.

—No fallaré —dijo.

—No te arriesgues —respondió Qui-Gon.

Andra se puso la capucha sobre sus oscuras trenzas mientras avanzaba hacia ellos.

—¿Estás listo, Obi-Wan?

El muchacho montó en su barredor. Qui-Gon le había dado una clase rápida. No estaba acostumbrado a utilizar un transporte tan manejable. Un leve roce podía provocar que se inclinara y volcara. Obi-Wan aprendía rápido, pero le había costado un poco que Qui-Gon quedara satisfecho con su forma de manejarlo.

Andra encendió el motor y salió disparada. Obi-Wan la siguió.

—¡No os arriesguéis! —les gritó Den.

—Parece preocupado —dijo Obi-Wan a Andra. Ella rechinó los dientes.

—Sólo está intentando parecer buena persona. Es un pesado.

La oscuridad del cielo se volvió gris mientras atravesaban los pacíficos alrededores de la ciudad. Los edificios se alejaban. La tierra se cubrió de campos de cultivo. Cuando salió el sol, apenas quedaban poblaciones, sólo se divisaban pueblecitos aislados sumergidos en los profundos valles.

Obi-Wan estaba maravillado con la belleza del entorno. Los campos de lavanda y las flores azules se mecían con la suave brisa. Cada pocos kilómetros se topaban con un lago profundo y azul que brillaba en la falda de las doradas colinas.

—Qué paisaje más bonito —gritó a Andra mientras volaban.

—Yo nací aquí —dijo ella—. Hay una propuesta para convertir gran parte de esta zona en otro parque global, pero ahora me pregunto por qué. ¿Lo utilizarán para el desarrollo?

Eso le recordó a Obi-Wan la razón por la que estaba allí. Se agarró con fuerza a los mandos del barredor, con la firme determinación de frustrar los terribles planes que Xánatos pudiera tener para Telos.

La tierra comenzó a ascender. Las colinas eran cada vez más altas y empinadas. Cuando entraron en un camino abierto entre las abruptas montañas las formaciones rocosas se elevaban sobre ellos. La nieve comenzó a aparecer entre los peñascos. A pesar de que antes había pasado un poco de calor, Obi-Wan se alegró de haber seguido el consejo de Andra y haberse puesto un termotraje.

—Ya casi hemos llegado —exclamó Andra.

Andra abandonó el camino y entró en un macizo de árboles altos tan denso que ocultaba el cielo. Obi-Wan la siguió. Andra se movía como una experta entre los troncos. Obi-Wan tenía que concentrarse para seguir el ritmo. Finalmente, ella se detuvo y le esperó.

—Creo que deberíamos dejar aquí los barredores —dijo ella—. Este bosque está junto al parque. Conozco una forma de entrar a las Cavernas de Espejo. Cuando las atravesemos, llegaremos al Parque de los Lagos Sagrados.

Cubrieron los barredores con ramas. Sus pisadas sonaban suavemente en el suelo cubierto de hojas mientras cruzaban apresuradamente el bosque. Llegaron a un escarpado muro de piedra, y Andra lo bordeó por una pequeña colina hasta un riachuelo. La mujer saltó de roca en roca por el arroyo con Obi-Wan a sus espaldas. La corriente acabó de repente en una pared vertical de piedra gris.

—Creo que lo conseguirás —dijo Andra, mirándole—. Pero tendrás que encogerte un poco.

Obi-Wan localizó una pequeña fisura en el muro, casi imperceptible a primera vista. Subía desde el riachuelo hasta el borde superior de la pared. Andra introdujo su equipo de supervivencia en primer lugar y luego se metió ella. Andra era ágil y entró con facilidad por la hendidura, pero para Obi-Wan fue un poco más difícil. El muchacho se encogió cuanto pudo y perdió el equilibrio mientras entraba. Levantó la mano para agarrarse a algo y sintió una superficie lisa y pulida.

Andra activó su barra luminosa. Obi-Wan comprobó que se encontraban en una caverna cuyos muros se arqueaban sobre su cabeza. La piedra era tan oscura y estaba tan pulida que podían ver su imagen reflejada. El riachuelo apenas era un hilito de plata que se deslizaba por el suelo negro. La luz de la barra luminosa se reflejaba de una pared a

otra, multiplicando su brillo. Obi-Wan se mareó un poco, como si estuviera justo debajo de mil estrellas.

—Es increíble —dijo él.

—Sí —dijo Andra lentamente—. Es precioso, ¿verdad? Esta piedra se llama malab. Es muy valiosa en la galaxia porque es muy escasa. Vamos, la salida está por aquí. Ten cuidado, el suelo está resbaladizo.

La mujer guió a Obi-Wan a través de los recovecos hasta que llegaron a la cueva principal. En la entrada, la caverna se ampliaba y un poco de luz exterior iluminaba los muros. Andra dejó escapar una exclamación velada y alzó la barra luminosa para examinar la pared. La piedra había sido excavada, dejando profundas grietas en la lisa superficie. Las muestras estaban apiladas en el suelo junto a unos detectores de metales. Lascas de piedra rodeaban un agujero abierto en el lustroso suelo.

—Van a extraer mineral —susurró a Obi-Wan con los ojos encendidos—. Este lugar es sagrado para los telosianos. ¡Mira lo que han hecho!

Andra sacó la grabadora holográfica de su mochila con manos temblorosas y enfocó a los montones de piedras. Luego pasó a los detectores de metales y a los agujeros excavados. Obi-Wan extrajo una vara grabadora de su mochila y grabó las mismas imágenes. Así tendrían una copia de seguridad por si acaso. Podía ocultar la vara grabadora entre sus vestiduras.

—Vamos —dijo Obi-Wan.

Salieron cautelosamente de la caverna. El sol de la mañana brillaba con fuerza, calentando las frías rocas e iluminando la dorada arena que rodeaba a los profundos lagos de agua oscura y vaporosa. Frente a ellos, una colina negra brillaba bajo los rayos del sol.

—Esa colina está hecha de malab —dijo Andra con incredulidad—. Deben de estar realizando extracciones en las cavernas.

Obi-Wan contempló la maquinaria pesada y los gravitrineos que se hallaban junto a los lagos. Había pasado un tiempo en una explotación en el planeta de Bandomeer y estaba familiarizado con la maquinaria minera.

—Eso son excavadoras subterráneas —dijo señalando a las máquinas—. Pueden perforar cientos de kilómetros. Si hay excavadoras, tiene que haber una base en la que descarguen. Esos vehículos son ATNs.

—¿ATNs? —preguntó Andra.

—Antorchas terrestres de neutrones —explicó Obi-Wan—. Son cañones lanzallamas que atraviesan la roca. Así se crean los pozos mineros. Yo diría que están llevando a cabo una operación a gran escala.

Obi-Wan sintió que Andra daba un respingo.

—Los lagos… —dijo ella—. El agua solía ser cristalina.

Obi-Wan se acercó a la orilla. Al agacharse, el cordón de su mochila se sumergió en al agua. Surgió una columna de vapor y el muchacho apartó rápidamente la mochila. El cordón se había disuelto.

Miró a Andra.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dijo ella—. El lago debe estar contaminado. Vamos a ver los demás.

Cogieron unos cuantos palos largos y se encaminaron hacia los otros lagos. Cuando sumergían un palo en el agua negra, la corteza desaparecía de inmediato. Si lo sumergían más tiempo, el palo se disolvía completamente.

—El manantial subterráneo que alimenta los lagos debe estar contaminado con productos químicos —dijo Andra. Su voz sonaba preocupada—. Mi padre solía traerme aquí cuando era pequeña. Paseábamos por cada centímetro del parque y nos bañábamos en los lagos de vapor. Cuando él murió, éste era el único sitio en el que yo me sentía a gusto.

Cuando levantó la mirada, sus ojos color miel brillaban llenos de lágrimas. Obi-Wan no sabía cómo consolarla. ¿Qué habría hecho Qui-Gon?

Entonces recordó algo que había ocurrido en el Templo. La Jedi Tahl había perdido la vista hacía poco y se sentía desesperada y enfadada. Se acordó de cómo Qui-Gon había reconocido su dolor con suavidad, y cómo luego le había dado algo en lo que concentrarse.

—Lo siento, Andra —le dijo—. Si les desenmascaramos, les detendremos. No es demasiado tarde.

Ella asintió y se mordió el labio para detener las lágrimas.

—Hagámoslo.

Con un gesto de determinación, Andra dirigió la grabadora holográfica hacia los lagos. Obi-Wan empleó su vara grabadora para tomar un plano general y grabar la maquinaria. Buscó en varios objetos algún logotipo o nombre que indicara que pertenecían a Offworld, pero no encontró nada. Obi-Wan frunció el ceño preocupado.

—Podemos llevar esto a Thani y mostrarlo a los ciudadanos, pero tenemos que conectarlo con Xánatos. El Gobierno puede alegar que no sabía nada del tema. Pueden culpar a UniFy, y UniFy cerrará sus puertas. Los auténticos responsables escaparán.

—No podemos dejar que eso pase —dijo Andra.

Entonces escucharon un ruido. Alguien se dirigía hacia ellos. Obi-Wan hizo un gesto a Andra y ambos se ocultaron rápidamente tras un gravitrineo.

Aparecieron dos androides de vigilancia que tenían las pistolas láser integradas en las manos. Sus cabezas, con los sensores infrarrojos relucientes, rotaban constantemente.

—Despejado —informó uno de ellos por un intercomunicador—. Comiencen. Repito, comiencen.

Un estruendo llenó el aire y la tierra se estremeció.

—¿Qué ocurre? —preguntó Andra, tapándose los oídos.

—Vamos a verlo —dijo Obi-Wan.

Los androides habían desaparecido tras la colina de malab.

Obi-Wan y Andra avanzaron por la sombra de la colina. Los androides ya no estaban en modo de vigilancia, así que sus cabezas no giraban. A medida que avanzaban, el ruido creció aún más.

Cuando rodearon la montaña de malab, se encontraron con otro paisaje devastado. Un montón de arena se elevaba ante ellos. Un gigantesco agujero había sido excavado en el suelo. El origen del estruendo era la arena dorada que estaba siendo absorbida por unas enormes máquinas. Trabajadores vestidos con unimonos llevaban a cabo la operación. Los androides se dirigían a un círculo de pabellones técnicos que se divisaba en la distancia.

—Hay un rastro de minerales en la arena —gritó Andra por encima del ruido de la máquina—. Deben estar extrayéndolos.

Los trabajadores estaban ocupados manejando la maquinaria y no se giraron. Andra encendió su grabadora holográfica y Obi-Wan su vara grabadora.

Otro equipo de androides de vigilancia salió del primer pabellón técnico y comenzó a avanzar por la zona.

—Date prisa —apremió Obi-Wan—. Quizá se pongan en modo de vigilancia de nuevo.

El muchacho guardó su vara grabadora en la túnica.

—Quiero asegurarme de que se vea bien —murmuró Andra.

Obi-Wan vio que los sensores de infrarrojos se encendían.

—¡Apaga la grabadora! —susurró—. Van a detectarla.

—Un segundo… —Andra apagó la grabadora holográfica en el preciso momento en que los sensores de los androides comenzaban a parpadear.

—No te muevas —dijo Obi-Wan entre dientes. Las cabezas de los androides giraban lentamente mientras los sensores escaneaban cada cuadrante.

—Esto no tiene buena pinta —murmuró Obi-Wan—. Algo les ha alertado. Vámonos ya de aquí.

—¡Pero aún no tenemos suficiente! —protestó Andra.

—Lo que tenemos tendrá que servir —dijo Obi-Wan con urgencia—. Será peor si nos cogen. Prometí a Qui-Gon que no nos arriesgaríamos.

Obi-Wan arrastró a Andra de vuelta mientras ella protestaba. Los androides giraron lentamente mientras cruzaban el terreno hacia a ellos. Obi-Wan y Andra aceleraron el paso.

—Deprisa —apremió él.

Al cabo de un momento ya habían dado la vuelta a la colina y desaparecieron de la vista de los androides. Ambos echaron a correr hacia la caverna.

—¡Intrusos! ¡Intrusos!

Unos disparos de pistola láser retumbaron en el suelo junto a ellos. Obi-Wan sacó su sable de luz y giró para rechazar el siguiente disparo. Estaban muy cerca de la entrada de la caverna.

El fuego de las pistolas láser chocaba contra la pared de la cueva. Saltaron pequeños fragmentos que cortaron a Andra en la mejilla.

—¡Entra! —gritó Obi-Wan.

Andra se introdujo en la caverna. Obi-Wan rechazó un último disparo y se apresuró a seguirla.

No podían ir muy rápido por la caverna porque el suelo resbalaba demasiado. Cuando llegaron a la profunda oscuridad interior, Obi-Wan se detuvo.

—No oigo nada —dijo él.

—Quizás hayan ido a buscar refuerzos —sugirió Andra—. Vamos, la salida está ya cerca.

Obi-Wan escuchaba el débil murmullo del riachuelo mientras seguía a Andra. Ella avanzó a través del laberinto de corredores y llegó al muro pulido. Obi-Wan la vio apretarse contra la pared y desaparecer por la fisura.

Salieron al arroyo y saltaron de piedra en piedra. Tenían que darse prisa. Sin duda, ya habrían dado la alarma y tendrían a más equipos de vigilancia tras ellos.

Obi-Wan corría tras Andra mientras esquivaba los árboles del bosquecillo. Se pegó a la pared rocosa y salió al lugar en el que habían dejado los barredores.

Quitaron las ramas que habían empleado para el camuflaje, pero los barredores no estaban.

Se miraron atónitos. Oyeron un crujido a sus espaldas y Obi-Wan se dio la vuelta rápidamente.

Estaban rodeados de androides de vigilancia que les apuntaban con sus pistolas láser.

Capítulo 13

Obi-Wan sabía que estaba en peligro incluso antes de darse la vuelta. Se giró hacia un lado deliberadamente y cogió el sable láser con tanta rapidez que el movimiento fue imperceptible. Con la otra mano empujó a Andra para apartarla.

Los disparos de las pistolas láser formaron un muro de ráfagas entre ellos.

Andra, que era de reflejos rápidos, cayó al suelo y rodó hasta ponerse a salvo tras un gran tronco caído.

Obi-Wan estaba en seria desventaja. Las lecciones de Qui-Gon pasaron por su mente por orden de precisión.

No te pares.

Cambia. Sorpréndeles.

Cambia de mano cuando puedas.

Ataca desde arriba y abajo.

Utiliza el terreno.

El terreno era inestable. Los androides lo tendrían más difícil para maniobrar. Obi-Wan empleó los troncos del suelo y los lechos de suave musgo para elevarse y saltar. Dio un golpe hacia atrás y derribó a un androide. Utilizando el impulso del giro, fue a por las piernas del siguiente.

Dos menos.

Andra se levantó empuñando la cuchilla vibratoria mientras Obi-Wan atacaba al tercer androide. La mujer esquivó a ciegas un disparo y golpeó al androide por detrás. Tres menos.

El cuarto androide se giró para atacar a Andra. Obi-Wan rechazó el disparo con su sable láser y dio una patada a otro que se le acercaba por la derecha. Andra saltó y partió un brazo al androide, que perdió el equilibrio, se tambaleó y fue limpiamente cortado en dos por Obi-Wan. La máquina se derrumbó.

Una liana colgaba del árbol más cercano. Obi-Wan se agarró a ella y saltó hacia el androide que iba a por Andra. La pistola láser disparó medio segundo antes de que Obi-Wan asestara un golpe horizontal que partió por la mitad al androide.

Andra gritó y cayó al suelo.

Obi-Wan giró todavía más deprisa, decapitó a un adversario y se dio la vuelta para derribar a otro. Luego clavó el sable láser a uno de ellos en el panel de control.

Obi-Wan corrió junto a Andra y se inclinó sobre ella para buscarle el pulso.

La mujer alzó la mano, apartándole suavemente.

—No te preocupes, no estoy muerta. Ha sido sólo un golpe.

Obi-Wan, aliviado, se meció sobre sus talones.

—¿Estás segura?

—Un disparo láser me dio en la mochila, creo.

Andra se quitó con cuidado la mochila del hombro. Tenía agujeros provocados por la pistola láser. Abrió la bolsa y sacó la grabadora. La carcasa estaba acribillada y tenía una parte derretida.

—¡Oh, no! —dijo ella sin aliento. Intentó reproducir la grabación, pero el aparato se limitó a zumbar y después se paró.

—No te preocupes —dijo Obi-Wan, dándose unas palmaditas en la túnica—. Por eso tenemos una copia de seguridad —su mente ya estaba dando el siguiente paso, como Qui-Gon le había enseñado. *No te pares a pensar en los contratiempos a no ser que tengan algo que enseñar*—. Ahora tenemos otro problema —dijo—. ¿Conoces algún sitio en el que podamos obtener un transporte rápido?

Andra palideció.

—No. Tendremos que andar durante horas, pero no tenemos tiempo, la katharsis empezará en una hora. ¡No lo conseguiremos!

—Llamemos a Qui-Gon para ver si Den ha podido amañar el sorteo —sugirió Obi-Wan.

El joven activó el intercomunicador y Qui-Gon respondió de inmediato.

—Me alegra oírte, Obi-Wan —dijo con un alivio evidente en la voz—. ¿Habéis obtenido las pruebas?

—No tantas como esperábamos —dijo Obi-Wan—. No hay duda de que están extrayendo minerales en el parque, pero no hemos podido demostrar que Offworld sea la responsable.

Se oyó un suspiro de Qui-Gon en el intercomunicador.

—Tendrá que servir. No quiero que Andra y tú os arriesguéis más.

—¿Den ha podido amañar el sorteo?

—Sí —respondió Qui-Gon—. Será uno de los tres ciudadanos que apuesten en el juego final. Se ha colado en el sistema y sabe quién será el ganador. Xánatos entregará el gran premio.

Hubo un breve silencio. Obi-Wan sintió la decepción brotando en su interior. ¡Si tan sólo pudieran conectar con Offworld lo que habían encontrado! Podrían desenmascarar a Xánatos delante de todos los ciudadanos que había engañado.

Qui-Gon leyó sus pensamientos.

—Obi-Wan, has hecho todo lo que has podido. Es hora de que regreséis. Por lo menos podremos salvar el parque global de Telos. Volved ya.

Obi-Wan dudó. Si le decía a Qui-Gon que no tenían vehículo, no habría nada que él pudiera hacer. No había tiempo para ir a buscarles y para que volvieran a tiempo para la katharsis. Contarle lo que había pasado no haría más que preocuparle más sin necesidad.

—Enseguida —decidió responder—. Nos queda un asunto por resolver.

—De acuerdo —respondió Qui-Gon—. Os veré en el pabellón. Y tened mucho cuidado los dos.

Andra entrecerró los ojos. Obi-Wan apagó el intercomunicador.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella—. ¿Cómo vamos a volver a Thani?

—Tenemos una alternativa —dijo Obi-Wan con determinación—. Es probable que tengamos unos minutos hasta que echen de menos a los androides. Tenemos que volver a entrar y robar un transporte.

Andra parecía nerviosa, pero asintió.

—Es nuestra única oportunidad. Vamos.

Volvieron por el mismo camino hasta la caverna. Se movieron por las sombras que proyectaba la abertura de la salida, esperando cautelosamente hasta que un equipo de vigilancia pasó por delante. En cuanto los androides se perdieron de vista, salieron, bordearon los lagos de vapor y se agazaparon tras una excavadora cerca del montón de malab.

—¿Y ahora qué? —preguntó Andra.

—Tengo una idea —le dijo Obi-Wan—. Cuando estuve examinando los informes de UniFy, muchos de ellos hablaban del Pabellón Técnico D. Estaban construyendo una plataforma de aterrizaje allí, pero yo no la he visto por ningún lado, ¿y tú? Seguramente, la plataforma está dentro del pabellón para que nadie pueda verla desde el aire. Teniendo en cuenta las proporciones de esta operación, es probable que haya remolcadores de mantenimiento.

Andra asintió.

—Bien pensado.

—Y eso nos lleva a Offworld —dijo Obi-Wan—. Ellos tienen una flota de remolcadores y necesitarán otro transporte aéreo para tareas de menor magnitud. Si podemos introducimos en el Pabellón Técnico D, encontraremos las pruebas para incriminar a Offworld y podremos escapar.

—Así que todo lo que tenemos que hacer es encontrar el Pabellón Técnico D, averiguar la forma de entrar, robar un transporte y volver a Thani antes de que acabe la katharsis —dijo Andra—. Como diría Den, que me maten si lo conseguimos.

Obi-Wan sonrió.

—Podemos hacerlo.

Se mantuvieron a la sombra de la colina y se ocultaron de los equipos de vigilancia, avanzando hacia el lugar en que habían visto los pabellones técnicos. Obi-Wan enfocó sus binoculares hacia cada pabellón hasta que encontró el D. Se fijó en las puertas de atraque, donde los trabajadores entraban y salían atareados. Algunos pilotaban gravitrineos y otros portaban bidones de duracero.

Cuando quieras salir de algún sitio sin ser visto, hazlo por el lugar más frecuentado.

—Ahí encontraremos el transporte —dijo a Andra.

—Pero está repleto de trabajadores —murmuró Andra—. Y han aumentado la vigilancia. Hay androides por todas partes.

—Están buscando intrusos —dijo Obi-Wan—. No trabajadores.

Obi-Wan señaló a un obrero que salía de una caseta cercana. Se estaba abrochando el unimono gris.

—Espera aquí —ordenó a Andra.

Obi-Wan rodeó la falda de la colina de piedra de malab. Apenas había unos metros entre él y el cobertizo. Tendría que arriesgarse.

Cruzó rápidamente la zona, llegó al abrigo de la puerta y se metió dentro. Un obrero con cara de cansado que estaba sentado en un banco frente a una fila de taquillas levantó la vista sorprendido.

Obi-Wan le saludó.

—Vengo a por mi unimono. Soy nuevo. Llego tarde a mi turno —añadió, intentando evitar la conversación. El obrero le miró suspicaz.

—El turno no empieza hasta dentro de diez minutos. Y tú eres demasiado joven.

Obi-Wan utilizó la Fuerza y miró fijamente al obrero.

—Pero a ti no te importaría darme un par de trajes —dijo.

—¿Por qué no te doy un par de trajes? —dijo el hombre.

Obi-Wan cogió dos trajes del montón que le ofreció el obrero y los contempló. El pequeño le quedaría bien a Andra.

—Ya nos veremos —dijo.

—Ya nos veremos —repitió el obrero.

Obi-Wan se puso el traje rápidamente antes de salir. Se enrolló el otro bajo el brazo y regresó adonde Andra estaba escondida. Le dio su unimono y ella se lo puso.

Ambos se dirigieron al Pabellón Técnico D. Cuando estuvieron cerca, Obi-Wan se dio cuenta de que era tres veces más grande que los otros pabellones y que tenía una extensión de cientos de metros. Andra y él se encaminaron hacia las grandes puertas dobles y entraron. Avanzaron decididos por un pasillo lateral lleno de bidones de suministro.

—Coge eso —dijo a Andra, señalando un bidón de duracero.

—¿Y ahora qué? —murmuró ella.

—Parecen muy ocupados.

Obi-Wan contempló la zona. Había varios skyhoppers aparcados junto a la puerta del puerto estelar. El hangar era lo suficientemente grande como para albergar un remolcador de tamaño considerable. Offworld tenía que estar metido en aquello.

Obi-Wan examinó los bidones de suministros. Parecía que servían para guardar los dispositivos explosivos. Vio una caja de detonadores termales.

—Espera un momento. —Obi-Wan se agachó para leer el lateral de la caja. Impreso a fuego en la carcasa de duracero se veía medio círculo.

—Offworld —dijo él—. ¡Les tenemos!

Andra vigilaba mientras él dirigía su vara grabadora hacia las cajas.

Se escuchó un ruido por encima de sus cabezas y el techo comenzó a retirarse. El sol centelleó durante un instante y luego fue eclipsado por un gran remolcador de mantenimiento. La enorme nave maniobró para introducirse por el techo abierto y aterrizó lentamente en la pista. Un momento después, bajó una rampa de descenso y los obreros comenzaron a descargar rápidamente excavadoras subterráneas.

—Creo que ya tenemos todas las pruebas que necesitamos —susurró Obi-Wan a Andra.

—¿Por qué? —preguntó ella.

El muchacho señaló al lateral de la nave. Escrita en letras impresas a láser podía leerse la palabra «Offworld».

Obi-Wan grabó una panorámica de las letras y amplió el plano para que se viera la descarga de las excavadoras. Las rampas fueron recogidas. El remolcador de mantenimiento no apagó los propulsores y, en ese momento, los motores rugieron y comenzó a despegar.

—¡Vosotros! ¿Podéis echarnos una mano?

Dos obreros cargaban suministros en un gravitrineo. Uno de ellos hacía gestos a Obi-Wan y a Andra.

—Es hora de ir a por esos skyhoppers —murmuró Obi-Wan.

Obi-Wan les respondió con un gesto, como si no pudiera oír lo que estaban diciendo por el ruido provocado por el despegue del remolcador. Entonces, Andra y él se alejaron en la otra dirección.

—No te apresures —dijo a Andra, cuyo ritmo se estaba acelerando, reflejando su ansiedad.

Caminaron hasta los skyhoppers y, cuando los alcanzaron, sonó la alarma.

—Intrusos —entonó una voz—. Intrusos.

—Vale, ahora sí que tienes que apresurarte —dijo Obi-Wan.

Obi-Wan saltó dentro del skyhopper y Andra le siguió. El joven se puso a los mandos mientras el techo se iba cerrando sobre sus cabezas. Obi-Wan encendió los motores y la nave se elevó. Las puertas superiores se cerraban y la abertura se estrechaba. Obi-Wan puso los motores a plena potencia.

—¡No vamos a conseguirlo! —gritó Andra.

Obi-Wan tiró de los controles para que el skyhopper se inclinara hacia un lado. La nave se dirigió hacia la pequeña abertura y la atravesó pasando a un centímetro de ambos bordes.

—¿Hemos salido? —preguntó Andra con los ojos cerrados. Tenía la frente perlada de sudor y estaba agarrada al asiento.

—Hemos salido —respondió Obi-Wan, limpiándose el sudor de la frente con la manga—. Próxima parada, Thani.

Capítulo 14

Qui-Gon paseaba impaciente de un lado a otro junto al círculo central del pabellón. Tuvo mucho cuidado de ocultarse la cara con la capucha. Estaban en el intermedio de los juegos y gran parte del público se había ido a los puestos de comida, pero no podía arriesgarse a ser visto. Su foto estaba en todas las casetas de información de Thani.

Obi-Wan y Andra debían haber vuelto ya. ¿Y si le había pasado algo a Obi-Wan? Era la segunda vez que el chico estaba en grave peligro y, de nuevo, Qui-Gon había permitido que eso ocurriera.

—Relájate, Qui-Gon —dijo Den—. Me estás poniendo nervioso.

Pero Qui-Gon se dio cuenta de que el rostro de Den estaba tenso por los nervios, y continuó observando los pasillos que les rodeaban.

—Tú también estás preocupado por Andra —dijo Qui-Gon.

—¿Quién, yo? —dijo Den, mirando hacia otro lado—. Yo no me preocupo por otras personas, sólo por mí mismo. Soy el que está a punto de apostar los ahorros de toda una vida.

Para poder amañar los resultados y ganar el sorteo, Den había tenido que reunir dinero suficiente para hacer una apuesta creíble. Para ello había añadido a uno de los préstamos de fácil obtención en Telos todos los créditos que tenía. Si perdía, tendría que hacer frente a una deuda considerable.

—¿Estás seguro de que interpretaste el juego correctamente? —preguntó Qui-Gon—. ¿Seguro que sabes quién va a ganar?

—Me partiré las piernas si me equivoco —dijo Den—. Será Kama Elias. Relájate.

—Recuerda que cuando ganes yo estaré aquí —le dijo Qui-Gon—. Ni se te ocurra largarte con el premio. Ese dinero regresará intacto a las arcas del tesoro de Telos.

—Por supuesto que sí —dijo Den—. Que me maten si traiciono a mis amigos.

—No me tientes —dijo Qui-Gon fríamente.

La plataforma del círculo central comenzó a elevarse y dio comienzo la siguiente ronda de los juegos. Qui-Gon y Den ocuparon sus asientos. El Maestro Jedi permanecía atento por si llegaba Obi-Wan. Cuando los participantes en el sorteo apostaran en la última competición, Xánatos presentaría el premio. Entonces se mostrarían en las pantallas gigantes escenas de lo que la katharsis había patrocinado. En lugar de las habituales imágenes de belleza, la multitud vería escenas de devastación. Pero sólo si Obi-Wan regresaba a tiempo.

Comenzó la segunda ronda de juegos. Los apaleados competidores iban a jugar una ronda de bola-choque. Los gritos de la gente jaleaban la parte más salvaje del concurso.

La preocupación de Qui-Gon crecía por momentos. ¿Dónde estaba Obi-Wan?

Recordó las circunstancias que habían rodeado su salida del Templo. Estaban juntos en la plataforma de aterrizaje, justo antes de coger un transporte que les conduciría al hangar de la nave de pasajeros. Ya se habían despedido de sus amigos: Tahl, Bant y Garen, e incluso de Yoda, que no aprobaba el viaje.

—No es demasiado tarde, Obi-Wan —le había dicho Qui-Gon—. No pasa nada porque te quedes. No interferirá en lo que pase entre nosotros más tarde, te lo prometo. Es mejor que te quedes.

Recordó la clara determinación en la mirada de Obi-Wan.

—Sé que no me necesitas, Qui-Gon. Soy consciente de que puedes hacerlo solo, pero yo te ayudaré.

Ahora Qui-Gon se reprendió a sí mismo. En aquel momento pensó que no podía impedir que Obi-Wan le acompañara. Pensó que la determinación en la mirada del chico significaba que por mucho que insistiera, Obi-Wan no iba a volver al Templo para quedarse.

¿Pero eso era cierto? ¿Se había dejado llevar por la gratitud? Otra vez se había dejado influir por sus emociones. ¿Debería haberse puesto estricto y haber insistido para que Obi-Wan se quedara? ¿Había sido egoísta?

Qui-Gon estuvo a punto de gruñir en alto. Oficialmente, Obi-Wan no era todavía su padawan, pero él seguía descubriendo nuevas formas de fallar al muchacho. Se había mostrado reacio a enfrentarse a la responsabilidad que le exigía tomar un nuevo padawan, pero después lo había aceptado. Muy pronto aprendió a disfrutar de esa responsabilidad, pero ahora estaba desorientado y sus sentimientos iban a la deriva. Quería hacer lo correcto, pero no estaba muy seguro de cómo lograrlo. Era demasiado consciente de sus propios fallos y de lo que podía salir mal.

Pero Obi-Wan estaba muy seguro. El chico tenía mucho que enseñarle sobre la certeza y la confianza. Si tan sólo apareciera de una vez.

Qui-Gon vio a alguien que le resultaba familiar avanzando rápidamente entre la gente. ¡Obi-Wan! Andra le seguía deprisa, dando grandes pasos para seguir las zancadas de Obi-Wan. Con sólo mirar al chico supo que la misión había tenido éxito.

Obi-Wan y Andra pasaron por delante de unos espectadores que se quejaron, y llegaron hasta Den y Qui-Gon. Obi-Wan le entregó la vara grabadora.

—Lo tenemos todo —dijo.

Qui-Gon se levantó inmediatamente y se fue. Ya sabía dónde estaba la cabina técnica desde la cual se retransmitían las imágenes visuales en los descansos.

El técnico estaba sentado frente al ordenador, comiéndose una grasienta tartaleta de carne. A su alrededor había un montón de monitores pequeños que mostraban lo que se estaba emitiendo en ese momento. Había una cámara para cada competidor, otra mostraba un plano general, varias enfocaban vistas parciales y el resto mostraban planos de distintos espectadores. Durante el descanso, esas imágenes serían sustituidas por las del parque global.

El técnico le miró.

—¿Quién eres?

Qui-Gon puso la vara grabadora sobre la consola.

—Hay que mostrar estas imágenes tras el discurso de Xánatos. Son órdenes del gobernador.

El técnico se chupó una gota de salsa del dedo gordo.

—No he oído nada de eso.

Qui-Gon miró fijamente al hombre, que siguió comiendo.

—Tienes que mostrar las imágenes después del discurso.

—Las pondré después del discurso —dijo el técnico con la boca llena.

Qui-Gon contempló sus grasientos dedos.

—Y te lavarás antes las manos.

—Me lavaré antes las manos —dijo el técnico como si acabara de ocurrírsele.

Qui-Gon esperó a que el técnico tirara la comida y se limpiara los dedos cuidadosamente. Luego le vio cargando las imágenes. Cuando estuvo seguro de que el hombre llevaría a cabo el plan, se fue.

El último juego había terminado. Sólo quedaban cuatro competidores.

El gobernador anunció los nombres de los ganadores del sorteo. El público soltó una mezcla de quejidos y vítores. Cuando el nombre de Den fue anunciado, éste se puso en pie y lanzó un grito tirolés.

Luego se volvió hacia ellos con los ojos reluciendo.

—¿Listos?

Los ojos de Andra mostraban determinación.

—No nos falles, Den.

Den se acercó a ella.

—Algún día vas a tener que fiarte de alguien, Capitana Integridad —dijo en voz baja.

—Ya lo sé —dijo Andra—. ¿Pero tienes que ser tú? Ella mostró una sonrisa llena de confianza y le acarició la mejilla.

Una sonrisa surgió lentamente en los rasgos infantiles de Den. Con ese gesto, se dirigió al escenario para reunirse con los otros ganadores. Andra juntó las manos y apretó con fuerza.

—Yo también me fío de él —le dijo Qui-Gon. Obi-Wan le dedicó una mirada que quería decir: *¿Cómo puedes estar seguro?*

Qui-Gon quería decirle que algunas veces le resultaba más sencillo interpretar a los extraños que a la gente que tenía cerca. Cuando su corazón no entraba en juego, sus instintos le decían quién podía fallarle y quién podía ser sincero. Esperaba que después de esta misión, Obi-Wan y él tuvieran tiempo para hablar.

Obi-Wan se acercó a él.

—¿Estás seguro sobre esto?

Qui-Gon asintió.

—Sí, lo estoy, pero tengo unos barredores preparados por si se le ocurre escaparse. Con los años he aprendido a fiarme de mis instintos.

Los concursantes del sorteo se colocaron frente a varias consolas pequeñas. Todos apostaban enormes sumas al resultado final. Den montó un numerito de agónica indecisión antes de realizar su apuesta. Andra suspiró.

—No puede resistir la oportunidad de llamar la atención —dijo, retorciéndose las manos nerviosa.

Comenzó la última ronda, que consistía en la repetición breve de todos los juegos que se habían llevado a cabo durante la competición. A aquellas alturas, los competidores ya estaban cubiertos de sudor, mugre y sangre. Los ganadores del sorteo se sentaron en una plataforma, contemplando la acción y conscientes de que los ahorros de toda su vida dependían del resultado. La multitud no paraba de gritar.

El juego de bola-choque ponía punto final a los juegos. Kama Elias pasó rozando a su oponente, que giró demasiado rápido y perdió el control, precipitándose en una caída fatal. Kama se apuntó un tanto. Sonó el timbre. Los juegos habían terminado.

Den saltó de la plataforma y se puso a bailar frenéticamente en mitad de la arena. A la gente le encantó, y gritaron su nombre. Las pantallas parpadeaban ¡¡¡Den, Den, Den!!!

Entonces, la plataforma comenzó a elevarse desde el círculo central y Xánatos apareció de pie sobre ella. Era una silueta negra y autoritaria. Xánatos elevó los brazos hacia el público, que cambió su grito y comenzó a articular su nombre. Miles de pies patearon el suelo y todo el pabellón comenzó a estremecerse.

—¡Xa-na-tos!, ¡Xa-na-tos!, ¡Xa-na-tos!

El aludido levantó una mano para pedir silencio. Los gritos se apagaron lentamente. Entonces, su hipnótica voz retumbó en el pabellón.

—¡La katharsis nos salva!

—¡Sí! —respondió el público.

—¡La katharsis nos enriquece!

—¡Sí!

—¡La katharsis protege nuestros lugares sagrados!

—¡Sí!

Qui-Gon miró a las pantallas. *Hazlo ahora*, apremió al técnico.

Las imágenes de la enloquecida multitud desaparecieron y apareció una vista de los Lagos Sagrados. Pero en lugar de verse agua cristalina y brillante, se vio una laguna negra cubierta de espuma de cuya superficie salía vapor.

Al principio, la gente no se dio cuenta. Entonces se vio otra imagen, y otra. La colina de malab, las excavadoras subterráneas, el detector de metales cerca de la piedra devastada, máquinas gigantes extrayendo arena dorada, gravitrineos aparcados en lo que fue un paisaje maravilloso…

Comenzó a oírse un murmullo. Xánatos no se estaba dando cuenta. Se encontraba frente al público y no veía las pantallas.

—Gracias a la katharsis nuestro amado Telos tiene la protección garantizada durante generaciones —dijo—. El pueblo ha hablado. Han salvaguardado su legado.

Una imagen del logotipo de Offworld llenó la pantalla. Estaba impresa a fuego en una caja de detonadores termales.

El murmullo de la inquieta audiencia se convirtió en un zumbido que llenó el pabellón como si una habitación llena de equipos electrónicos se hubiera vuelto loca.

La siguiente imagen fueron unas excavadoras descargándose desde un remolcador de mantenimiento. Una imagen ocupó la pantalla: «Offworld».

El zumbido se convirtió en un rugido de incredulidad y furia.

Xánatos miró a las pantallas al fin. Qui-Gon le observaba. Cualquier otra persona habría mostrado su sorpresa y su rabia, pero Xánatos se quedó quieto.

El pabellón lanzó un grito al unísono. Muchos se levantaron y el estruendo aumentó de intensidad. La multitud comenzó a levantarse de sus asientos y a alzar sus puños. Comenzó un pataleo rítmico, un interrogante más potente que cualquier pregunta articulada.

Xánatos alzó las manos pidiendo silencio. Le llevó un tiempo que la gente se calmara.

—¿Por qué creéis lo que estáis viendo? —preguntó tranquilamente y en tono autoritario—. Creed en lo que yo os digo. Alguien está intentando enfureceros. Alguien está intentando engañaros.

Alguien gritó una pregunta:

—¿Quién?, ¿tú?

La gente repitió la pregunta.

—¿Quién?, ¿tú?; ¿Quién?, ¿tú?

—¡Exigimos una respuesta! —gritó otra persona.

—¡Estoy respondiendo a vuestras dudas! —rugió Xánatos—. ¡Os han tendido una trampa! Invito a cualquiera de vosotros a venir conmigo a los Lagos Sagrados para comprobar que no pasa nada. Confío en mi Gobierno y confío en la corporación UniFy. Gobernador, ¿permitirá usted que los Lagos Sagrados se abran al público para que lo vean con sus propios ojos?

En la primera fila, un hombre de pelo plateado se levantó.

—Lo haré.

Xánatos abrió los brazos.

—¿Lo veis? No hay nada falso aquí. Sólo sinceridad. No podemos dejarnos llevar por los engaños.

La gente comenzó a callarse. La confianza estaba empezando a ganar terreno a la ira.

—¡Y ahora dejadme desenmascarar a aquellos que han mentido a nuestro mundo! —gritó Xánatos, y la multitud gritó a modo de aprobación.

Xánatos salió de la plataforma un momento. Qui-Gon vio cómo le decía algo brevemente a uno de los guardias de seguridad que rodeaban el círculo, y luego vio a otro guardia hablando por un intercomunicador.

Qui-Gon sintió pavor.

—Ponte la capucha, Obi-Wan —dijo rápidamente.

Un momento después, los rostros de Qui-Gon y Obi-Wan aparecieron en las pantallas.

—¿Habéis visto a estos hombres? —exclamó Xánatos, señalando los monitores—. ¡Son enemigos de Telos! ¡Fueron condenados a muerte, escaparon y ahora siguen

tramando sus maldades! Y están aquí, en este estadio. Son ellos los que pusieron esa cinta. Mirad a los que tengáis al lado. ¿Les veis? ¡Ellos son los que os han engañado!

—Oh, oh —suspiró Andra. Luego se echó hacia delante, tapando a Obi-Wan y a Qui-Gon y fingiendo que miraba a la gente que la rodeaba.

Pero fue inútil. Un telosiano que tenían delante se giró y miró por debajo de las capuchas. La sorpresa al reconocerles hizo que se quedara boquiabierto. Entonces se levantó y exclamó.

—¡Aquí! ¡Están aquí!

No podían moverse ni tenían un sitio al que ir. Los guardias de seguridad bajaron por los pasillos y Obi-Wan y Qui-Gon fueron atrapados.

Capítulo 15

Los guardias de seguridad arrastraron a Obi-Wan y a Qui-Gon al pasillo y los rodearon apuntándoles con las pistolas láser. Dos de ellos sujetaban a Qui-Gon por los brazos y otros dos a Obi-Wan.

—¡Eh! —gritó Den desde el escenario—. ¡Qué pasa! ¡He ganado! ¿Dónde está mi premio?

La gente gritó para apoyarle. Eso era lo que ellos querían: ver a un ganador recogiendo una fortuna en créditos y vertex cristalino. Hasta los guardias de seguridad querían verlo. Aunque estaban apuntando a los Jedi, tenían la mirada fija en el escenario.

Xánatos se adelantó rápidamente con una caja transparente en las manos. Los cristales brillaban en su interior, y estaba rebosante de créditos. Obi-Wan se dio cuenta de que Xánatos parecía ansioso por acabar de una vez con la ceremonia.

Xánatos le entregó la caja a Den. Todas las miradas se posaron en él. Era costumbre que el ganador dijera unas palabras.

Den se quedó mirando la caja y no habló.

Obi-Wan miró a Qui-Gon. Ésa era la prueba. Las cosas habían cambiado. Ellos estaban arrestados y Den lo sabía. Andra no podría detenerle sola. Si Den no seguía el plan, se quedaría con una fortuna. La cantidad que había en la caja tentaría a casi cualquier ser humano, por no hablar de un ladrón.

En lugar de dirigirse al público, Den se giró para hablar y se dirigió al hombre alto y canoso de la primera fila.

—¡Gobernador!

El gobernador de Telos se puso en pie.

—¿Podría leer la lámina reciclable que le di cuando comenzó la última competición?

El gobernador sacó algo de su túnica y leyó en voz alta en el dispositivo amplificador.

—El ganador será Kama Elias por veinte puntos. Deleta tendrá un problema con su montura. Kama le empujará para ganar.

La gente se quedó estupefacta. Kama había ganado por veinte puntos. Pero ¿cómo sabía el ganador que Deleta iba a tener problemas con la montura?

—Ciudadanos de Telos —anunció Den—, yo escribí eso antes de que comenzaran los juegos. Me introduje en el ordenador de la katharsis. ¡Todos los juegos de la katharsis están amañados! El equipo que utilizan los concursantes se altera sutilmente a medida que avanzan los juegos para que el vencedor elegido previamente triunfe. Hasta el ganador del sorteo se escoge con anterioridad. El vencedor tiene que acceder a darle a UniFy la mitad del premio. ¡Todo esto es un montaje para sacaros el dinero!

Den cogió un buen puñado de dinero y de vertex y se lo tiró a la gente. Los créditos y el vertex cayeron desde el aire y la gente gateó para recogerlos. A su alrededor, las imágenes de los Lagos Sagrados devastados seguían emitiéndose.

—¡Nos han mentido! —gritó él—. ¡Mirad las pantallas! ¡Eso es lo que ha comprado vuestro dinero! Mirad a vuestro alrededor. Miraos los unos a los otros. ¿Tenéis deudas?

¿Pensáis en algo que no sea el dinero? Bien. ¡Porque eso es lo que quieren! Y mientras nosotros hacemos planes y soñamos, nuestro planeta está siendo destruido. Mirad el logotipo de esas cajas de explosivos y de esa nave. ¡UniFy es Offworld! Nuestro planeta ha sido vendido a la mayor corporación minera de la galaxia mientras nosotros apostamos en un juego. ¿Y quién dirige Offworld? ¡El poderoso Xánatos!

Por un momento, el silencio colectivo del gentío pareció absorber todo el aire del pabellón. Entonces, el silencio se convirtió en un gran rugido, tan poderoso como el océano.

Los guardias de seguridad que agarraban a Obi-Wan estaban tan perplejos como el resto del público. La gente se levantó como si fueran uno, saltando e insultando a Xánatos. La pantalla seguía emitiendo una imagen tras otra del ultrajado parque.

—¡Arrestadle! —gritaban—. ¡Arrestad a Xánatos!

Xánatos dio un paso adelante una vez más. Aguantó los insultos y los gritos y, poco a poco, la gente comenzó a callarse. Todos querían que Xánatos les calmara de nuevo y les dijera que lo que Den estaba diciendo era mentira.

Xánatos contempló a la gente un rato, esperando a que se extinguiera hasta el último murmullo.

Entonces sonrió y negó con la cabeza, como si estuviera reprendiendo a una clase de alumnos.

—Estúpidos patéticos.

Más veloz que el rayo y con la túnica ondeando tras él, Xánatos saltó sobre el barredor del ganador y se elevó en el aire, acelerando el vehículo al máximo. Esquivó las cabinas flotantes, maniobró de forma experta y abandonó el pabellón por la salida.

—Esta vez no, Xánatos —dijo Qui-Gon sombrío.

Fue sencillo soltarse de los distraídos guardias. Obi-Wan dio un par de codazos y golpeó con la rodilla hasta que se vio liberado. Por miedo a disparar las pistolas láser en medio de la multitud que se agitaba furiosa, los guardias no pudieron atraparles.

Qui-Gon había escondido sus barredores bajo una pila de bancos. Obi-Wan y él saltaron sobre ellos y se apresuraron en pos de Xánatos.

Cuando salieron del pabellón, el bulevar parecía completamente vacío. Qui-Gon cerró los ojos un instante y se concentró. Cuando los volvió a abrir, vio algo que se movía en la calle que tenía a la derecha. Quizá fuera sólo una sombra, pero la Fuerza le confirmó que se trataba de Xánatos.

Qui-Gon aceleró los motores al máximo. Podía oír a Obi-Wan siguiéndole de cerca. El chico podía mantener el ritmo. Él lo sabía.

La determinación hizo que se le tensaran todos los músculos. Esta vez no iba a perder a Xánatos. Indudablemente, se dirigía a algún sitio seguro, o quizás hacia un vehículo que le permitiera abandonar el planeta. Xánatos siempre tenía una vía de escape preparada.

Pero le habían cogido por sorpresa y quizás había descuidado algún detalle. Xánatos no podía haber previsto todo.

Para sorpresa de Qui-Gon, Xánatos salió de la ciudad en dirección al campo.

—Creo que va a los Lagos Sagrados —gritó Obi-Wan—. Éste es el camino que cogimos nosotros.

—Tendremos que ir tras él —respondió Qui-Gon—. Sabe que lo estamos siguiendo. Si no lo cogemos, por lo menos no le perderemos de vista.

Los motores de los barredores no daban más de sí. Xánatos tenía un vehículo más rápido, ya que los que habían sido modificados para los juegos tenían los motores trucados. El Jedi hacía esfuerzos ímprobos para no perderlo de vista, había tramos en los que casi no podían verlo.

Durante el trayecto, Obi-Wan no perdió la concentración y se agarró al manillar con los ojos fijos en el reflejo distante que era Xánatos. El rostro de Qui-Gon estaba marcado por la determinación.

Finalmente llegaron al camino del parque y bajaron por él hacia la entrada. La puerta estaba hecha de electrocables y los sensores estaban apuntados hacia arriba para derribar a cualquier vehículo que intentara sobrevolarla.

Había un barredor abandonado en el camino, pero ni rastro de Xánatos.

Qui-Gon detuvo su barredor y se acercó para contemplar el que yacía en el suelo. No tenía combustible.

—Tiene que estar en el parque —dijo, y miró fijamente hacia la puerta.

—Yo conozco otro camino —le aseguró Obi-Wan.

Obi-Wan le guió entre los árboles. Dejó el barredor y bajó por el riachuelo hacia la fisura del muro de la caverna. Después se introdujo en ella.

Qui-Gon le siguió con dificultad. Era un hombre grande, y la grieta era pequeña. Al final consiguió meterse dentro.

Atravesaron rápidamente la caverna hasta la entrada y salieron al aire libre. Xánatos estaba cruzando el terreno en dirección al Pabellón Técnico D.

—Hay una pista de despegue en el interior —dijo Obi-Wan a Qui-Gon—. Sin duda tiene un transporte esperándole para salir del planeta.

Qui-Gon comenzó a correr. Xánatos no debía alcanzar el Pabellón Técnico.

Xánatos se movía silenciosamente, sin apenas hacer ruido con los pies en el suelo, pero antes de que le alcanzaran, saltó a un gravitrineo y despegó.

Qui-Gon cogió otro gravitrineo abandonado y le siguió, con la certeza de que Obi-Wan le seguiría de cerca. Qui-Gon esquivó una pila de equipos y se puso entre Xánatos y el Pabellón Técnico. Con un gruñido, Xánatos derrapó sobre el gravitrineo, giró a la derecha y salió disparado. Qui-Gon le seguía de cerca.

El espectáculo era desolador. El sol había bajado y teñía el paisaje de rojo con sus rayos. Los lagos humeantes de ácido negro burbujeaban y soltaban vapor. La zona era pedregosa debido a la lava seca, y estaba pegajosa por el alquitrán. El aire se notaba espeso y amarillo debido a los productos químicos. De vez en cuando, un gran chorro de vapor salía de las grietas de la roca.

Xánatos saltó del gravitrineo y aterrizó sobre sus pies con el sable láser en la mano, perfectamente preparado para el ataque. Al verse sorprendido, Qui-Gon apretó demasiado el acelerador, se dio cuenta de que el gravitrineo no lo aguantaría y saltó.

El salto fue algo torpe, pero le salvó. El Maestro Jedi sintió que el sable láser de Xánatos zumbaba junto a su oído cuando el arma bajó y golpeó una roca.

Qui-Gon aterrizó y perdió el equilibrio. Cayó sobre una rodilla, pero ya tenía el sable láser activado y listo para rechazar el siguiente ataque. Los haces de luz se unieron y se entrelazaron, zumbando y desprendiendo descargas en el aire.

—No vas a matarme, Qui-Gon —dijo Xánatos, acercando su rostro. Sus ojos ardían con odio.

—No he venido para matarte —dijo Qui-Gon—. He venido para hacer justicia.

El Maestro Jedi saltó hacia atrás y cambió de dirección con la intención de hacer saltar el sable láser de la mano de su adversario.

Qui-Gon asestó el golpe, pero Xánatos lo rechazó y se alejó.

—Di la verdad por una vez, Qui-Gon —dijo Xánatos entre dientes—. Te pasas tanto tiempo con esos pedazos de sabiduría Jedi en la boca que has perdido contacto con tu propia honestidad, si es que alguna vez la tuviste. No estarás satisfecho hasta que yo muera. Mira, ahí viene tu marioneta.

Qui-Gon vislumbró el brillo azulado del sable láser de Obi-Wan mientras el chico se acercaba a ellos. Intuyó que el muchacho iría hacia la derecha. Si rodeaban a Xánatos, quizá pudieran desarmarle.

Se movieron con perfecta sincronía y sin mirarse siquiera. Qui-Gon sabía cuándo y cómo atacaría Obi-Wan: iba a dar un golpe bajo con la empuñadura de su sable láser. Qui-Gon se preparó para lanzar una estocada por arriba. Sería difícil para Xánatos rechazar ambos golpes.

Pero Xánatos había intuido sus movimientos. Se alejó del ataque de Obi-Wan y saltó hacia delante, utilizando la Fuerza para añadir distancia al salto. Qui-Gon atacó por arriba, pero lo único que consiguió fue darle un golpe oblicuo al sable de Xánatos. Una grieta soltó un bufido junto a él y el vapor silbó al ascender en una poderosa columna. Qui-Gon tuvo que saltar a un lado para evitar ser escaldado.

La columna de vapor los separó de Xánatos, que sonrió.

—Ya estamos otra vez —dijo Xánatos—. Los nobles Jedi que claman justicia cuando lo que buscan realmente es sangre. ¿Te acuerdas, Obi-Wan? Tú fuiste a por un chico de trece años que acabó muerto. ¿Recuerdas la mirada de Bruck cuando le asesinaste? ¿Intentas convencerte de que lamentas la muerte de tu rival? Admite el sentimiento en tu corazón. ¡Admite tu satisfacción! Admite tu sed de venganza.

Qui-Gon vio la desesperación en el rostro de Obi-Wan. La mano con la que agarraba el sable láser temblaba.

—No escuches —dijo Qui-Gon despacio—. No escuches, Obi-Wan.

El vapor regresó a la fisura de repente. En ese mismo momento, Xánatos dio un salto adelante. A Obi-Wan, que aún estaba conmocionado, le cogió por sorpresa y apenas pudo

rechazar el ataque de Xánatos con su sable láser. El fiero adversario giró y dio una patada alta a Obi-Wan, derribándole.

Y entonces Xánatos saltó sobre él.

Capítulo 17

—¡No! —gritó Qui-Gon. El Jedi invocó a las rocas y a las plantas que le rodeaban, a la corriente que le unía con todas las cosas y que le conectaba con Obi-Wan.

Qui-Gon golpeó a Xánatos en pleno salto. Sus cuerpos colisionaron como montañas de piedra. Los músculos de Xánatos no cedieron ni un milímetro, pero Qui-Gon no retrocedió. El choque fue titánico. Qui-Gon sintió la vibración en todos sus huesos. Durante un instante, Xánatos agarró del brazo a Qui-Gon y le obligó a permanecer unidos.

—Tú me has obligado a esto —dijo con sus ojos oscuros ardiendo.

Ambos aterrizaron en el suelo, a unos centímetros de distancia, con los sables láser ya engarzados. La lava resbalaba y Qui-Gon tuvo que evitar las fisuras de vapor. Vio a Obi-Wan intentando levantarse.

—Así que el alumno ha aprendido del Maestro —dijo Xánatos incansable—. Miente sobre tus sentimientos cuando hables del honor Jedi. Deja una estela de muerte.

—Tú eres el responsable de la muerte de Bruck —le dijo Qui-Gon mientras peleaban—. No Obi-Wan. Tú corrompiste a ese chico y le expusiste al Lado Oscuro. Él te siguió ciegamente.

Obi-Wan cojeaba levemente cuando volvió hacia ellos. Tenía el tobillo torcido. Y aunque aún estaba conmocionado por el sarcasmo de Xánatos, su rostro seguía mostrándose limpio y joven.

Qui-Gon pensaba que Obi-Wan había superado lo que había ocurrido en el Templo. Había lamentado mucho la muerte de Bruck porque, aunque el joven había actuado mal, habría quedado esperanza para él si hubiera seguido vivo. Obi-Wan no parecía culparse a sí mismo.

Pero en alguna parte de su interior sí lo hacía. Una vida había terminado y era una pérdida difícil de asimilar. Qui-Gon lo sabía bien. Xánatos veía esa debilidad en Obi-Wan y la utilizaba para echárselo en cara. Él veía debilidad donde Qui-Gon veía fuerza. Ésa era la naturaleza de la maldad.

Valor, Obi-Wan. Aférrate a tus convicciones. Tú sabes lo que sabes. No dejes que te afecte.

—Veo que mis palabras te han afectado, Obi-Wan —dijo Xánatos con su tono meloso e insinuante, el mismo que empleaba para manipular a los que le rodeaban—. ¿No será porque tengo razón?

—No, Xánatos —dijo Obi-Wan—. Lamento la pérdida de una vida y estoy muy agradecido a todos aquellos que me enseñaron a lamentarme. Eso no me debilita, me hace fuerte.

De repente, el sable láser de Obi-Wan giró. Qui-Gon se sorprendió por la velocidad y la elegancia de los movimientos del chico, que saltó desde una montaña de lava para atacar a Xánatos. Éste retrocedió y tropezó ante la velocidad del ataque. Una nube de

vapor surgió de repente, y Xánatos se echó a un lado, perdió el equilibrio y aterrizó sobre una mano.

—Más fuerte que tú —añadió Obi-Wan con fiereza y saltando tras él.

Qui-Gon le siguió, admirando la concentración de Obi-Wan. Ahora los dos peleaban como si fueran uno. Xánatos estaba más débil, y ellos aprovecharon para hacerle retroceder hacia el lago negro. Si conseguían ponerle de espaldas a él, podrían desarmarlo o vencerlo. Eso lo elegiría él.

Dos barredores aparecieron de repente tras el lago. Andra y Den les habían encontrado. Aterrizaron y corrieron a ayudarles con las pistolas láser en la mano.

—¡Pagarás por esto, Xánatos! —gritó Andra—. ¡Te llevaremos de vuelta a Thani para que seas juzgado!

Xánatos había llegado al borde del agua y no tenía posibilidad de escape. Estaba rodeado y no podía ir a ningún sitio. Su mirada pasó de Den a Andra, luego a Obi-Wan, y acabó en Qui-Gon. Las profundidades de su odio hicieron que su mirada fuera tan negra y atroz como la laguna humeante.

—Nunca te daré la satisfacción de matarme, Qui-Gon Jinn —dijo suavemente—. Y jamás me someteré a las leyes de nadie. Tu odio te ha guiado, aunque tú no lo admitas. Me destruiste porque no podías salvarme. Soy tu mayor fracaso. Aprende a vivir con ello. Y vive con esto.

—¡No! —gritó Qui-Gon saltando hacia delante.

Pero era demasiado tarde. Con una sonrisa cruel que estiró los labios sobre su dentadura como si fuera un animal, Xánatos dio dos rápidas zancadas hacia atrás y saltó a la hirviente laguna negra. Cuando el cuerpo se sumergió en el agua, Andra gritó.

—No sobrevivirá —susurró—. El ácido arrancará la carne de sus huesos.

Obi-Wan tembló. Había visto lo que hacía el agua. Xánatos era el mal encarnado, pero era un ser vivo y había sufrido un destino horrible. Qui-Gon parecía petrificado y miraba la laguna negra y fétida.

Poco a poco, algo se agitó en el agua, subiendo en espirales. Era una capa negra. Mientras la miraban, la tela se desintegró ante sus ojos.

Al fin, Xánatos había muerto.

Capítulo 18

Den estiró los brazos y sonrió.

—¿Quién iba a pensar que un ladrón y una dinko iban a ser los grandes héroes de Telos?

Andra le arrojó una almohada.

—Me alegro de que no se te haya subido a la cabeza tanta atención.

Obi-Wan y Qui-Gon sonrieron, acostumbrados ya a las riñas de Den y Andra. Sabían que entre ambos estaba surgiendo un fuerte afecto.

Su regreso a Telos había traído todo lo que Andra llevaba tanto tiempo deseando. UniFy había sido desenmascarada como tapadera de Offworld y sus traiciones habían salido a la luz. El Gobierno había pedido disculpas al pueblo y había convocado elecciones especiales. Los sobornos a varios líderes gubernamentales habían comenzado a investigarse, y el gobernador, que había hecho la vista gorda, había dimitido. El tesorero, Vox Chun, estaba en prisión.

Y la katharsis se había cancelado. Los ciudadanos de Telos seguían horrorizados ante la certeza de haber sido engañados utilizando su codicia. Hubo un delirio masivo. Enormes cantidades de ciudadanos se pusieron en contacto con Andra con la esperanza de unirse al partido POWER. Un nuevo patriotismo había nacido en Telos. Uno basado en el compromiso y la protección de la tierra que amaban y que habían estado a punto de perder para siempre.

—¿Crees que seré buen gobernador? —preguntó Den—. La gente me ama.

—Eso es porque no te conocen como yo —dijo Andra con una sonrisa—. No eres un político, Den.

—Oye, fuiste tú la que dijiste que era bueno mintiendo —protestó Den, fingiéndose ofendido.

—No habrá más mentiras en ningún Gobierno de Telos, jamás —dijo Andra muy seria.

—Apostaré por eso, pero no me gusta cómo están las probabilidades —añadió Den con cinismo.

Qui-Gon se levantó.

—Os deseo buena suerte a ambos. Y gracias por ayudar a librarnos de esos cargos.

—Sois libres de iros, pero ¿tenéis que hacerlo? —preguntó Andra—. Nos encantaría que os quedarais unos días más. Dejad que os muestre las bellezas de Telos. Nos llevará algún tiempo limpiar los Lagos Sagrados, pero hay otros lugares.

—Quizás en otra ocasión. Tenemos que regresar al Templo.

Obi-Wan se levantó y dio las gracias a Andra y a Den. Sentía tener que despedirse. Admiraba la capacidad de compromiso de Andra, y aunque al principio había sospechado de Den, también había llegado a apreciarle. Sabía que, cada uno a su manera, trabajarían para que Telos volviera a ser el pacífico y floreciente planeta que había sido en el pasado.

—Sé que dejamos Telos en buenas manos —les dijo Obi-Wan. Luego sonrió a Den—. Yo diría que las probabilidades están todas en tu favor.

Obi-Wan caminaba con Qui-Gon por el amplio bulevar hacia la nave de pasajeros que les llevaría de vuelta a Coruscant.

—¿Fue Xánatos tu mayor fracaso? —preguntó Obi-Wan cauteloso—. ¿Te atormentará su muerte tal como él quería?

—¿Te atormenta a ti la muerte de Bruck? —preguntó Qui-Gon suavemente.

—No —contestó Obi-Wan despacio—, pero la llevo aquí —dijo señalándose al corazón.

—Creo que a mí me pasará lo mismo —dijo Qui-Gon—. No me atormentará. No como a Xánatos le hubiera gustado. Xánatos escogió la muerte porque estaba en su naturaleza escoger el camino oscuro, pero a mí me llevará tiempo asumirlo. No puedo evitar sentir que si hubiera sido mejor Maestro, él no habría recurrido al Lado Oscuro. Yoda me diría que, como Maestro, no depende de mí que un padawan triunfe o fracase. Yo sólo puedo orientarle.

¿Y *yo*? Quiso preguntar Obi-Wan. ¿Cómo *me ves a mí, Qui-Gon? ¿Triunfaré o fracasaré?*

Qui-Gon se mantuvo callado unos minutos. Parecía estar disfrutando de la belleza del día. Como si necesitara alejar su dolor.

—Tú estás comenzando, Obi-Wan —dijo al fin—. No te preocupes por el éxito o el fracaso. Si actúas sabiamente, esas palabras perderán su significado. Sólo quedará el bien que hagas.

—Es difícil no pensar en el fracaso, teniendo en cuenta que he sido puesto a prueba —dijo Obi-Wan.

—Eso no tiene nada que ver con el fracaso —dijo Qui-Gon suavemente—. No debes pensar así. El sendero Jedi es difícil de recorrer, y el Consejo lo sabe. Si alguien se pierde, sobre todo cuando es joven, lo entienden. Pero tienen que estar seguros de tu lealtad. Tendrás que reunirte con ellos y pasar algún tiempo en el Templo renovando tu dedicación. Creo que será bueno para los dos. Hay un momento para las misiones, y un momento para el estudio y la meditación.

—¿Tú también te quedarás en el Templo? —preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon asintió.

—Yo también necesito tiempo para reflexionar. Y te ayudaré con el Consejo. Tienen que comprender por qué decidiste irte. Yo he llegado a entenderlo.

—¿De verdad?

—Me ha llevado tiempo, lo admito —dijo Qui-Gon—, pero así es —hubo un silencio—. Sé que estás a prueba y que no puedes ser mi aprendiz oficialmente, pero eres mi padawan, Obi-Wan. No necesito que el Consejo me lo diga.

Obi-Wan cogió aire.

—¿Entonces volverás a aceptarme?

—Nos aceptaremos mutuamente —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan había deseado mucho aquel momento y había intentado controlar su impaciencia para que llegara. Y ahora que había llegado, se había quedado sin palabras. Estaba demasiado emocionado para decir algo.

—Yo rechacé nuestra conexión desde el principio —dijo Qui-Gon—, pero tú sabías algo que yo ignoraba. Hay cosas que están predestinadas. Ahora también yo lo sé. Tú serás un buen Caballero Jedi, y yo estaré orgulloso de continuar el viaje que comenzamos juntos.

Obi-Wan alzó la cabeza. Ahora él también apreció la belleza del día. El cielo estaba increíblemente claro. Por primera vez en lo que parecía mucho tiempo, el futuro también estaba claro.

—No digo que vaya a ser fácil —añadió Qui-Gon—. Tenemos temperamentos distintos y sin duda chocaremos. Y volverás a desafiarme.

—Intentaré no hacerlo —le dijo Obi-Wan con seriedad.

—No me has entendido, padawan. —Qui-Gon le ofreció una de sus escasas sonrisas. Una sonrisa plena que encendió sus ojos azules e hizo que brillaran cálidamente—. Yo espero que lo hagas.